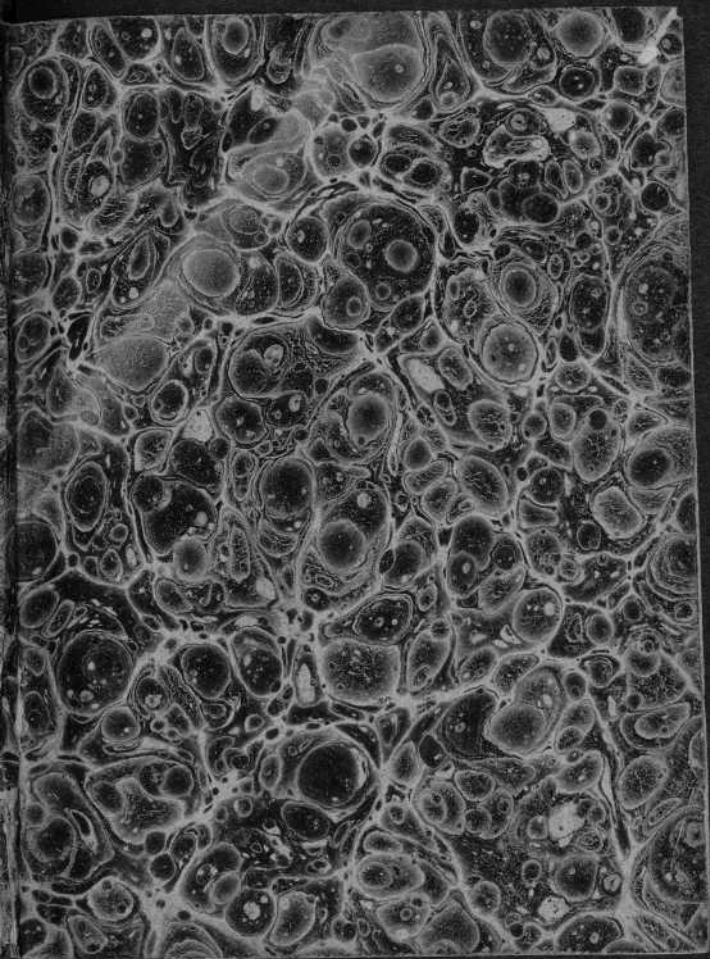


99



X6399  
~~8578~~





~~40~~  
127

10771



**DEVEREUX.**

—

DEVEREUX.

# DEVEREUX,

Novela escrita en inglés

POR M. EDUARDO LYTTON BULWER,

Y TRADUCIDA

Por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

TOMO II.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO  
DE DON RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA, Editor,  
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

—  
Mayo, 1847.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILIP H. HARRIS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILIP H. HARRIS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILIP H. HARRIS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



# DEVEREUX,

NOVELA ORIGINAL

DE M. EDUARDO LYTTON BULWER.

---

## CAPITULO I.

*La carta misteriosa.—El duelo.—La partida de uno de la familia.*

CUANDO volví á ver al cura, le comunicé mi intencion de marchar á Londres, la cual aprobó.—Yo tambien, dijo, pien-

so ir pronto allá; ha terminado el tiempo de mi empleo en vuestra familia, y después de tan larga ausencia, vuestra madre no tendrá dificultad en dispensarme de ejercer el cargo de su director espiritual. Pero el tiempo urge, y pues os partís tan pronto, dadme una audiencia esta noche en vuestro cuarto. Tal vez la conversacion que tengamos será de importancia.

Acepté la cita, se fijó la hora y me separé del cura para reunirme con mi tío y sus huéspedes. Mientras me hallaba entre ellos empleando el tiempo y el ingenio con tanta dignidad como provecho, entró un criado á decirme que me esperaba un hombre á la puerta y que deseaba verme á solas.

Un tanto sorprendido salí de la estancia y pasé al salon donde mandé introducir al desconocido. A pocos minutos

se presentó un hombre chico de cuerpo, moreno de rostro y medianamente vestido. Saludóme con gran respeto, me presentó una carta que dijo estaba encargado de entregarme en propia mano, y añadió en voz baja, que la persona que le enviaba me recomendaba mucho que no diese noticia á nadie del contenido de aquella carta, hasta que la hubiese leído muy atentamente. No me sorprendió poco esta recomendacion; y retirándome al hueco de una ventana rompí el sello. Lo primero que vieron mis ojos fué una carta de la propia mano del cura. En aquel momento el mismo Montreuil entró precipitadamente en el salon, dirigió al paso una terrible mirada al mensajero, en cuyo rostro se manifestó cierta expresion de sorpresa y consternacion al verle, y llegándose á mí me sacudió violentamente la mano mientras sus mira-

das se fijaban en la carta que yo tenia en la otra.—No la leais, exclamó, no leais una palabra, ni una palabra, Morton. Diciendo y haciendo trataba con desesperados esfuerzos de arrancarme la carta de la mano. La levanté en alto con la una y empujando al cura con la otra dije:

—Perdonadme, padre, despues que yo la haya leído tendreis vos ese placer, hasta entonces no; y como al decir esto se fijaran mis ojos en la carta y descubriese mi propio nombre escrito en dos pasages de ella, entré en sospecha. Dirijí la vista al sitio donde estaba el mensajero con el objeto de hacerle algunas preguntas respecto á la persona que le enviaba; pero ya habia desaparecido, lo cual me causó no poca sorpresa.

—Niño, dijo el cura anheloso, jadeando y teniéndome todavía asido con su flaca



y huesosa mano, niño, dadme esa carta al momento y cuidado con desobedecerme.

—Desconocéis vuestra situacion, caballero, dije procurando desprenderme de él, desconocéis vuestra situacion: ya no existe entre nosotros la distincion de discípulo y maestro: y si no habeis aprendido todavía el respeto que se debe á mi clase, permitidme que os diga que ya es tiempo de que lo aprendais.

—Dadme esa carta os ruego, dijo Montreuil cambiando de tono y pasando de la ira á la súplica; os pido perdon de mi arrebató; esa carta no tiene ninguna relacion con vos, se refiere solo á mí; está escrita de mi mano como veis y hay en ella un secreto del cual depende mi seguridad personal. Dádmela, querido Morton, mi querido hijo: vuestro propio honor, si no vuestro afecto hácia mí, exige de vos que me la deis.

Yo no sabia qué hacer. Su cólera habia confirmado mis sospechas, pero sus ruegos las habian debilitado.—Ademas, dije entre mí, la letra es suya, y aunque dependiese mi vida de leer los escritos de otro, mi honor no consentiría que lo hiciese sin su permiso. Pero de repente me ocurrió un pensamiento.

—¿Jurais, dije, que esta carta no tiene relacion ninguna conmigo?

—Solemnemente, respondió el cura alzando sus ojos al cielo.

—¿Jurais, añadí, que ni aun se mienta mi nombre en ella?

—Lo juro por la salvacion de mi alma.

—¡Embustero, traidor, perjuro, blasfemo! grité con indecible cólera ¡mirad lo que dice aquí y aquí! y le señalé las líneas en que repetidas veces estaba escrito mi nombre en caracteres muy legibles. Montreuil mudó de color; soltó mi

brazo y retrocedió hácia la pared; pero recobrándose inmediatamente, dijo:—me olvidaba, hijo mio, me olvidaba de que en ese escrito se hace mencion de vos, es cierto, pero con los elogios que mereceis.

—¡Bravo, honrado padre! exclamé, y la admiracion y sorpresa que me infundió su destreza, desvaneció toda mi cólera, ¡bravo! Sin embargo, si nada mas que elogios se hacen de mí en esta carta, no podeis tener inconveniente en permitirme que lea los renglones en que está escrito mi nombre; vuestra bondad no me negará la satisfaccion de ver mi panegírico escrito de vuestro propio puño.

—Conde Devereux, dijo el cura en tono áspero y manifestando en su ceñudo semblante la expresion de la ira reprimida; conde Devereux, eso es tratarme como á un niño, y os aconsejo que no probeis demasiado mi paciencia. Quiero esa

carta; dádmela ó si no.... aquí se detuvo y echó mano al puño de la espada.

—¿Os atreveis á amenazarme? dije en un tono que revelaba la altivez natural de mi carácter, aumentada con la vaga pero fuerte sospecha de alguna traicion dirigida contra mí.

—Me atrevo, repitió Montreuil dando una especie de ahullido, me atrevo, sí, aunque toda vuestra familia se volviese contra mí. Dadme la carta, ó si no, ahora y siempre seré vuestro enemigo mortal, sí, mortal, mortal. Y cerrando el puño le levantó hácia mí, dando á su rostro una expresion tan perversa y amenazadora, que retrocedí involuntariamente y puse mano á la espada.

Esta accion era al parecer la señal que Montreuil esperaba.—Sacadla, pues, dijo entre dientes, y desenvainó su tizona.

Aunque me sorprendió su determina-

cion, no me detuve un punto en contestarle. Metiéndome la carta en el pecho tiré de la espada, bastante á tiempo para parar una rápida y terrible estocada. Creia yo vencer fácilmente á Montreuil porque era algo diestro en la esgrima; pero me engañé; encontréle mucho mas diestro que yo en el arte; y tal vez lo hubiera pasado mal el héroe de esta historia, si Montreuil hubiese juzgado conveniente emplear todos sus conocimientos para quitarme la vida. Pero tan luego como se cruzaron nuestras espadas, la natural frialdad de su carácter, dominada hasta entonces por la ira ó el temor, volvió á recobrar su imperio y probablemente le hizo ver que sería para él tan peligroso matar á su discípulo como perder el papel porque peleaba. Esta reflexion sin duda hizo que dirigiese todos sus esfuerzos solamente á desarmarme.

Difícil es decir si lo hubiera conseguido ó no, porque yo estaba irritado y cualquiera descuido de mi antagonista mientras trataba de conseguir su objeto, peligroso cuando el contrario es hombre diestro y ágil, le hubiera enviado al lugar de donde las oraciones de sus hermanos han sacado (así debemos creerlo) tantos miles de almas. Pero á este tiempo los criados que al principio creyeron que el ruido de espadas procedía de que algunos jóvenes se estaban ejercitando por juego en la esgrima, se alarmaron al notar que continuaba tanto, y corrieron en tropel al sitio del combate. Al verlos entrar retrocedimos ambos. Recobré entonces mi presencia de ánimo (cosa que entonces perdía yo muy fácilmente), y conocí lo mal visto que sería hallarme riñendo con mi preceptor, y sobre todo con un clérigo. Por tanto, para que se

creyese que aquello no habia sido mas que una broma entre el cura y yo, solté una gran carcajada no con mucha naturalidad sin embargo, envainé mi arma y despedí á los criados, los cuales poco satisfechos de la interpretacion que yo habia dado al asunto, se retiraron pausadamente, y dirigiéndose miradas de sorpresa. Montreuil que habia secundado muy friamente mis esfuerzos para dar á nuestro duelo un colerido diverso del que tenia, se acercó entonces á mí.

— Conde, dijo con voz reposada y tranquila, dadme licencia para deciros tres palabras en un sitio donde estemos menos espuestos á ser interrumpidos.

— Seguidme, pues, contesté, y le llevé á una parte del edificio separada de todas las habitaciones y donde nadie podia incomodarnos. Al llegar allí me volví hácia el cura y noté que no llevaba es-

pada.—¿Qué es esto? dije señalando su lado izquierdo desarmado. ¿No habeis venido con ánimo de renovar el combate?

—No, respondió Montreuil; me arrepiento de mi precipitacion, y para evitar toda posibilidad de ceder á un movimiento de ira, he dejado allá la espada. Esa carta, jóven, de nuevo os la pido; os la pido en nombre de vuestro propio honor, en nombre de mi derecho: está escrita por mí; no está escrita para que vos la vieseis; contiene secretos de los cuales depende, ademas de mi vida, la vida de otras personas: ahora leedla si quereis.

—Teneis razon, caballero, dije despues de una breve pausa; aquí está la carta, no quiero que pueda decirse nunca que Morton Devereux ha puesto su honor en peligro por evitar el que podia correr su persona. Pero desde ahora y para siempre queda rota toda relacion entre nosotros.



Dicho esto arrojé al suelo la epístola objeto del debate y me separé del cura. Al entrar de nuevo en el salon, ví en el suelo junto á la ventana un papel; le levanté; era el sobre en que habia venido cerrada la carta de Montreuil y contenia solamente estas líneas dirigidas á mí en francés:

«Un amigo del difunto mariscal Devereux remite á su hijo la adjunta carta, de cuyo contenido es necesario que tenga noticia para su seguridad.

C. D. B.»

—¡Hum! exclamé, satisfactoria noticia y que llega tan á tiempo, cuanto que el hijo del mariscal Devereux está seguro de que no verá una sola línea de semejante carta. ¿Pero dónde está el mensajero? y me apresuré á tomar informes respecto á él. Ya no estaba en la quinta;

apenas salió del salon montó á caballo y se alejó. Un criado, sin embargo, le habia visto al pasar junto al patio de la torre dirigir algunas palabras á mi ayuda de cámara Desmarais. Hice llamar á Desmarais y le pregunté:

—El indecente, dijo mi criado mostrándome con aire de desconsuelo sus medias llenas de lodo, el indecente hizo dar un corcobo á su caballo, y me puso perdido salpicándome de barro desde los pies á la cabeza; y oyéndome gritar desesperado, se detuvo y dijo: «Decid al conde Devereux que no puedo detenerme, pero que la carta no necesita contestacion.»

Consolé á Desmarais de su desgracia, y corrí al cuarto de mi tío con ánimo de revelarle cuanto habia pasado. Sir William se hallaba en su gabinete de vestir y el peluquero estaba muy ocupado ar-

reglándole la peluca. Exigí de su bondad que le despidiese por un momento, y despues sin muchos preámbulos le conté cuanto habia ocurrido entre el cura y yo.

Manifestóse muy sorprendido cuando llegué á la historia de la espada.—¡Partid, señor conde! ¿qué habeis hecho? dijo, ¿no sabes que esos asuntos son muy delicados? El rey de Francia es un grande hombre, cierto, y cumplido caballero; pero debes recordar, hijo mio, que estamos en guerra con S. M., y que aceptar regalos de él puede ser hasta cierto punto cometer una traicion.

Y sir William movió la cabeza con aire triste y significativo.—¡Ah! exclamó por último con satisfacion (luego que hube concluido toda mi historia). No en vano he vivido en la corte y estudiado el corazon humano: apuesto mis mejo-

:

res medias de seda contra un gorro de dormir, á que ese astuto zorro es tan jacobita como bribon. La prueba la hubiéramos hallado en esa carta, Morton, si por cierto.

—¿Pero qué debe hacerse ahora? dije yo, ¿consentireis que permanezca por mas tiempo en esta casa?

—¡Pse! respondió el caballero acordándose entonces del respeto con que siempre habia tratado al bello sexo; es hùésped de tu madre y no mio; á tu madre corresponde tomar una resolucion en este caso. ¡Pero diablo! y sea esto dicho sin faltar á la deferencia que debo á mi hermana, yo no puedo sufrir que mi casa se convierta en un foco de conspiracion y de jesuitismo, y sobre todo cuando se ha atentado contra tu vida. ¡Par-diez! yo mismo iré á hablar á la condesa; deja primero que Nicholls acabe de arre-

glarme la peluca: mira, Morton, nunca te presentes á las damas en *deshabillé*; cuanto mas necesites desplegar con ellas las facultades de tu ingenio, mayor debe ser el cuidado que tengas de tu persona en su presencia. Y mi tio tocó una campanilla de plata que tenia encima de la mesa, á cuyo sonido inmediatamente acudió Nicholls.

Confiando mi causa al celo de sir William, cuyo aborrecimiento á Montreuil era un auxiliar eficaz para su destreza diplomática; y queriendo evitar el ser yo quien hiciese saber á mi madre la traicion que se presumia en su favorito, me apresuré á salir del cuarto, y pasé en busca de Aubrey. No estaba en casa. Sus criados (porque mi tio, segun costumbre de los antiguos tiempos, autorizada por sus grandes riquezas y su genio aristocrático, nos habia señalado á cada uno

servidumbre aparte lo mismo que habitaciones) me dijeron que les parecía que estaba en el parque. Bajé, y le encontré por último sentado al pie de un corpulento árbol con un voluminoso libro de devoción en la mano, en el cual tenía intensamente fija la vista.

—Me alegro de hallarte, querido hermano, dije sentándome á su lado en el verde cespel: veo que has elegido un sitio magnífico y muy á propósito para el estudio y la meditacion.

—He escogido, dijo Aubrey, el paraje mas conveniente para el estudio particular á que en este momento estoy dedicado; porque ¿dónde mejor podemos leer los libros que nos hablan del poder y benevolencia de Dios, sino entre los vivos testimonios de este poder y de esta benevolencia? ¡Cuán hermosas, cuán perfectas son las obras del criador! Sin

embargo, temo, añadió y entonces desapareció la expresión de alegría que animaba su semblante, temo que nos causen demasiado placer.

—Yo soy de distinto parecer, contesté, porque creo que el gozo es la mejor prueba de gratitud; ni podemos cumplir con nuestro deber de un modo mas aceptable al padre de toda bondad, que mostrándonos reconocidos á los favores que derrama sobre nosotros.

Aubrey movió graciosamente la cabeza, pero no respondió.

—Sí, continué despues de una breve pausa, sí, es bello y magnífico el espectáculo de la naturaleza. Mira á lo lejos los rayos del sol cómo caen sobre las doradas espigas, y semejantes á la bondad divina de que antes hablabas, parece que se sourien de satisfaccion á la vista de las lozanas plantas que con su poder

crearon. La verde alfombra que tenemos á nuestros pies, cubierta de flores que elevan sus suaves perfumes al cielo; el arroyuelo que atraviesa aquel bosque, dilatando su risueña voz por la colina y el valle como un mensajero de alegres nuevas; las ramas de los árboles que se estenden sobre nuestras cabezas despidiendo mil sonidos, como si experimentasen un placer demasiado grande para ser tenido secreto; las mismas hojas que se mecen y agitan deliciosamente; todas estas creaciones de Dios, ¿imaginas, Aubrey, que son tan ingratas que no dan gracias al supremo Hacedor por la felicidad que reciben con el ser? ¿Y en qué consisten estas gracias sino en la manifestacion de su gozo? Las flores las dirigen al cielo en su fragancia; el aire y el agua en su música.— ¿Y ha de ser el corazon del hombre la única parte de la creacion que deshonre su culto



con lamentaciones y tristeza? Cuando ciertos escritores inspirados nos exhortan á alabar al omnipotente ¿no nos dicen: «regocijaos en el Señor»?

—¿Cómo podemos regocijarnos cuando el día del juicio final está siempre en nuestra memoria? ¿Cómo no lamentarnos (aquí se anubló su semblante y sus lábios temblaron con emocion) cuando mortales y mundanas pasiones pugnan por apoderarse de nuestro corazón? ¡Oh! solo los que han conocido la bienaventuranza que resulta de comunicar con el cielo, pueden tener una idea de la angustia terrible de la conciencia, cuando se mira manchada con el cieno ú oprimida con el peso de sensaciones terrenales. Aubrey se detuvo, y sus palabras, su tono, sus miradas hicieron en mí profunda impresion. Iba á responderle; pero él dijo. — Dejemos esta materia y

hablemos de cosas mas mundanas.

—Para hablarte de cosas mas mundanas te buscaba, repuse yo, y le referí minuciosamente la parte de mi aventura con Montreuil que juzgué necesaria para disuadirle de la buena opinion en que tenia al cura. Aubrey me escuchó con mucha atencion; el suceso de la carta, la gran falsedad con que habia afirmado el jesuita que en ella no se hacia mencion de mi nombre, le llenaron de confusion.— Pero, dijo despues de un largo rato de silencio, pero no nos toca á nosotros, Morton, débiles, ignorantes é inexpertos como somos, juzgar prematuramente de nuestros pastores espirituales. A ellos solo es dado tener una conducta mas libre que la nuestra; ellos solos pueden marchar por ciertos caminos que para nosotros son sombríos y misteriosos.—Y no sé si es menos impío tratar de investigar

los juicios de Dios, que explorar los de sus ministros.

—Aubrey, Aubrey, eso es pueril, dije yo un tanto irritado. El secreto es siempre la máscara con que se cubre la impostura: los ministros de Dios deben distinguirse de sus ovejas solo en su superior virtud, no en un superior privilegio para engañar.

—Pero, dijo Aubrey señalándome un pasaje del libro que estaba leyendo, mira lo que dice un predicador.—Y leyó una de las mas peligrosas máximas del jesuitismo con el mismo respeto que si recitara un pasaje de la Escritura. La máxima era: «Nunca debe presentarse la verdad desnuda á los ojos del vulgo: los antiguos con su ordinaria prudencia fingieron que la verdad moraba oculta en una fuente.»

—Sí, exclamé con entusiasmo, pero esa fuente es como el sagrado manantial

de Dodona (1) que tiene el don de iluminar á los que le buscan y de inflamar todas las antorchas que tocan la superficie de sus aguas.

Aubrey iba á contestar ; pero lo impidió la llegada de mi tío que se acercaba á nosotros con aire de extraordinaria satisfacción.

—Albricias, chicos, albricias, dijo luego que llegó á punto desde donde podia ser oído, hoy es gran día para nosotros ; pardiez ! gran día, el día mas glorioso que mi antigua casa ha visto, desde que su primer propietario sir Hugo Devereux, de valerosa memoria, demolió el convento de monjas, cuyas ruinas to-

(1) Dodona, ciudad de Tesprotia en Epiro, fundada, segun la fábula, por Deucalion. Era famosa por un templo de Júpiter construido en medio de un espeso bosque de árboles sagrados, en el cual habia una fuente tambien sagrada, que es á la que alude el autor.

(N. del T.)

davía se ven en aquella eminencia. Morton, la cosa es hecha, nuestra casa ha quedado purificada, el malvado que la infestaba ha salido ya de ella para siempre. Mira, y alégrate como yo de que hayamos quedado libres de él.—Y me dió un billete de letra de Montreuil, que decía así:

«Sir William Devereux.

Mi venerado amigo: á consecuencia de una disputa entre vuestro sobrino mayor, el conde Morton Devereux, y yo, en que me declaró no solo que nuestras antiguas relaciones de tutor y pupilo habían terminado, sino que mi amistad á su persona era incompatible con el respeto debido á su superior nacimiento, no me es posible rebajar la dignidad de las letras, ni sobre todo humillar la santidad de mi profesion y carácter, hasta el punto de permanecer por mas tiempo bajo

vuestro techo hospitalario, despues de haber sido no solo mal recibido, sino hasta insultado por vuestro sobrino y aparente heredero. Permitidme, pues, que me despida de vos para siempre, dándoos gracias al mismo tiempo por los favores que hasta aquí me habeis dispensado.

Tengo el honor de ser con el mas profundo respeto, etc.

JULIAN MONTREUIL. »

—¿Qué dices á eso? vamos á ver, dijo mi tio dando un bastonazo en el suelo, luego que acabé de leer la carta que pasé á manos de Aubrey.

—Que el bueno del jesuita ha desplegado su acostumbrada destreza en componer epístolas, respondí: ¿y mi madre? ¿es de la misma opinion que nosotros respecto á su reverencia?

—Mucho me temo que no participe en-

teramente de ella.—Sin embargo, Dios la bendiga ¡es tan complaciente y bondadosa para decir *no!* No obstante estos jesuitas son tan elocuentes con las mujeres; saben usar de las amenazas de condenacion con tan irresistible destreza, que lo mismo hacen el papel de Guillermo el Conquistador que el de Eduardo el confesor. Hola, señorito Aubrey: ¿estais enamorado del jacobita? veo que suspirais al mirar esa condenada carta, como si fuera un billete amoroso.

—En lo que dice da muestras de gran sensibilidad, dijo Aubrey devolviendo la carta á mi tio.

—¡Sensibilidad! exclamó mi tio, en efecto, estos reverendos son maravillosamente sensibles cuando se trata de su interés particular ¿eh, Morton?

—Cierto, querido tio, contesté, y deseando poner término á una conversa-

cion que podia disgustar á Aubrey, añadió.—¿Pero no vamos adonde están las señoras? veo que se disponen para una expedicion por el agua.

—¡Pardiez vamos allá, dijo el bondadoso caballero.—Me gusta que las jóvenes se diviertan; porque á decir verdad, Morton, añadió bajando la voz, el mejor medio de evitar que hagan maldades es animarlas para que hagan locuras.—Y riéndose de la ocurrencia que habia tomado de uno de sus autores favoritos, se encaminó seguido de nosotros dos á donde estaban las damas.



## CAPITULO II.

*Capitulo de poca importancia.*

¡Desapareció el cura! Fué admirable la indiferencia con que cada uno vió su partida. Mi madre apenas habló del asunto: en su carácter igual y apacible ningún suceso hacia mella ni dejaba el menor vestigio. Gerald, que ocupado en la caza y en rústicos amores, pocas veces asistia á las reuniones de nuestra casa, guardó tambien silencio acerca de esto. Aubrey manifestó disgusto un dia ó dos; pero pronto su semblante recobró su acostumbrada gravedad y dulzura. Así al cabo de una semana se hablaba tan poco del cura, como si en su vida hubiera pisado el umbral de la puerta. Mas pronto se olvi-

da á los que han caido en desgracia que á los muertos.

Entre tanto insté á mi tio para que fijase el dia de mi partida, y al fin lo conseguí. Desde el dia de la conversacion con lady Hasselton que he referido al lector, esta dama habia ido alargando, alargando su residencia entre nosotros, no obstante que la quinta se iba quedando desierta, y á pesar de que, segun ella decia, Londres era en todas las estaciones mucho mejor que el campo en ninguna; de modo que el condecito Devereux, con la amable modestia que tan especialmente le caracterizaba, empezó á sospechar que lady Hasselton esperaba por él. Esto dió atrevimiento á tan vergonzoso personage para reclamar con grandes instancias el cuarto asiento en el coche de la hermosa, asiento que, como hemos visto, le habia sido ofrecido en chanza. Lady Hasselton,

despues de haber aparentado quedar horrorizada de la peticion, accedió á ella diciendo que siempre habia delirado por los niños, y que sería en efecto muy chocante dejar que una criatura como el condecito fuese sola á Londres.

Mi tio quedó muy satisfecho con este arreglo: lady Hasselton era una de sus principales favoritas, y mas de una vez el buen anciano habia dado á entender que tenia derechos especiales á su afecto como hija de su madre; mas la verdad de estas insinuaciones es para mí sospechosa, y creo que no eran sino pretextos para disculpar los afectos de su bondadoso corazon, afectos que, por haber pasado su juventud en compañía de personas corrompidas y disipadas, no se atrevia á confesar. En la familiaridad de lady Hasselton, en sus maneras desembarazadas, en su misma afectacion habia cierta

bondad natural, cierta alegría de ánimo que nunca se agotaba y que era muy propia para ganar la voluntad de un hombre como mi tío.

Un caballero anciano que ocupaba en su casa el empleo que suele ocupar el *chevalier* al lado de una familia francesa, es decir, que contaba cuentos no muy largos sin enfadarse porque se le interrumpiese; que tenia buena presencia; que era de incontestable nobleza; de talento para leer y para escribir billetes y de experiencia en el manejo de los perritos falderos; que acompañaba á *madame* á las almonedas, á las comedias, á la corte y á los títeres; que tenia derecho á alternar con las personas mas elevadas, pero que á la primera señal dejaba su silla á la persona que la bella *capricieuse* á quien servia eligiese, aunque fuera de la mas humilde condicion; personage en fin muy que-

rído de todos, y de ninguno respetado; este tal, llamado Mr. Lovell, habia seguido á lady Hasselton á la quinta de Devereux acompañado de una señora viuda llamada lady Needleham, parienta lejana, tuer-ta y de afilada lengua, á quien la hermosa dama llevaba consigo en calidad de *gouvernante* ó dueña. Estas escelentes personas eran mis compañeros de viaje y debian ocupar los restantes asientos del coche. A decir verdad y prescindiendo de mi *tendresse* á lady Hasselton, deseaba yo evitar el ridículo de entrar en Londres arrastrando como un escarabajo, en el verde coche de mi tío y tirado por las cuatro yeguas flamencas, incapaces de andar mas de media legua por hora. Tambien las burlas de lady Hasselton, burlas hechas en particular, porque era bien educada y delante de mi tío no se atrevia á satirizar su gusto anticuado, aumentaron mi

natural aversion al viaje en el coche verde y dorado. El día antes de mi partida, Gerald me habló de ella por la primera vez.

Miróse al espejo, donde se reflejaban sus hermosas formas contrastando con las mias menos regulares y perfectas, y dijo sonriéndose.—Tu presencia en Londres va á causar profunda sensacion.

—Sin duda, contesté tomando estas palabras en su sentido natural y arreglándome el lazo de la corbata con todo el aire de un petimetre.

—¡Qué talento tiene el conde, dijo en voz baja la duquesa de Lackland, que aun no habia abandonado la esperanza de tenerme por yerno.

—¿Talento? dijo lady Hasselton ¡pobre chico! es un simplezuelo.

## CAPITULO III.

*La madre y el hijo—La virtud debe dominar los sentimientos pero no destruirlos.*

Aprovechando la primera ocasion de separarme de las damas, cuyas opiniones respecto á mis facultades intelectuales estaban tan divididas, pasé á ver á mi madre, á quien á pesar de su igualdad y casi insensibilidad de carácter, profesaba inestinguible afecto. A la verdad, si la vida sin tacha, la rectitud de intenciones y la fervorosa piedad pueden inspirar cariño, nadie mas capaz de inspirarlo que mi madre; y es lástima que con tan admirables cualidades no cultivase con mas cuidado sus afectos, cuyo germen existia en su alma, pero cuyo desarrollo habia sido desatendido. Educada para el claus-

tro , le habian enseñado desde niña que grandes sensaciones y grandes pecados eran una cosa misma ; y tanto se acostumbró á cerrar cuidadosamente la entrada de su corazon al fruto prohibido , que al fin llegó á parecer imposible que echara en él raíces. Si en un rincon de aquel estéril , pero sagrado pecho , reverdecia algun tierno afecto , este , fuera de una pequeña parte que conservaba Gerald , estaba reservado esclusivamente para Aubrey. Sus hábitos de piadoso silencio y rígida devocion , tan análogos á los de mi madre ; la afabilidad de su carácter , su inocencia y su angelical belleza , cualidad no despreciable para el corazon de una mujer , eran muy á propósito para granjearse su simpatia y hasta su amor. Gerald era tambien de costumbres regulares , exacto en los ejercicios de devocion y desde niño habia sido muy estimado del cura.



Al mismo tiempo , si no tenía la delicada y sublime belleza de Aubrey, poseia perfecciones mas varoniles ; así mi madre le daba aquella pequeña parte de cariño que podia separar de la destinada á mi hermano menor. Respecto á mí , manifestaba la mas completa indiferencia. Mi genio descontentadizo y fastidioso ; la obstinacion y violencia de mis pasiones, mi carácter audaz, negligente y casi feroz cuando se exaltaba, todo esto inspiraba invencible repulsion al genio pacífico y afable de mi madre. Las extravagancias de mi niñez eran para su alma pura é inexperta crímenes de un corazon inclinado al mal ; mi humor chancero, que si bien nunca atacó la virtud en su esencia, raras veces la respetó en sus formas, le parecia efecto de malignidad ; y hasta las demostraciones de cariño y bondad de corazon que no eran raras en mi áspe-

ro é inconstante carácter , discordaban tanto de la afable tranquilidad del suyo, que le repugnaban por su violencia en vez de conquistar su afecto por su naturaleza.

Ni la armonia que reinaba entre mi tio y yo pudo hacer que se aumentase su cariño á mí. Al contrario , disgustada del giro jocoso que el caballero daba siempre á sus conversaciones , de su frivolidad y del desprecio herético con que miraba las formas de la religion católica , no veia las cualidades que compensaban estos defectos y que ennoblecian su verdadero y generoso carácter ; no advertia ni la bondad de su corazon ni su genio complaciente , ni su caridad , ni su honradez , ni su severidad de principios , ni su talento agudo y perspicaz , aunque á veces ofuscado por ridiculeces y extravagancias. Mas á pesar de su preocupacion contra

nosotros dos, era el carácter de mi madre tan blando, tan suave é inocente, que hasta sus injusticias perdian lo que tenían de ofensivas, y no era posible dejar de amar aquella serenidad angelical cuando mas experimentaba uno su frialdad. Ni la ira, ni la esperanza, ni el temor, ni la menor señal de pasión alteraron jamás la calma de su pecho, y la inquietud era tan inseparable de él, que casi llegué á comparar á mi madre con el pueblo que describe Herodoto, cuyo reposo jamás fué turbado por sueños.

Y sin embargo, ¡cuán afectuosa y tiernamente la amaba! ¡Cuántas lágrimas, secretas pero abundantes, de amargura, pero no de resentimiento, me han costado sus miradas glaciales é indiferentes! ¡Cuántas veces oculto y sin ser visto he espiado á su puerta, rezando y llorando, cuando una ligera enfermedad ó indis-

posicion no le permitia salir de su cuarto ! ; Cuántas veces postrado en la cama, donde á menudo me detenia la debilidad de mi constitucion , cuántas veces he suspirado porque llegase el momento de su ceremoniosa y breve visita , temblado al oir el ruido de sus pasos , y sentido latir fuertemente mi corazon al notar que se acercaba ! Entonces al oir el tono frio de su voz y al mirar su inmóvil semblante ; con cuánto despecho reprimia las demostraciones de mi cariño que eran tenidas por efecto de la aspereza de mi carácter ó de falta de respeto ! ; O poderosa y duradera fuerza del parentesco , que con tu indestructible poder ligas el hijo á la madre que le llevó en su seno y le dió la vida con peligro de la suya ; fuente de amor filial que ni la frialdad puede templar , ni la injusticia amargar , ni el orgullo resfriar , ni el tiempo ni el ardor

de la virilidad tempestuosa consumir! Aun en este momento ; cuán viva y abundantemente fluyes sobre mi corazón y riegas con tus divinas aguas las memorias que todavía florecen en el estéril suelo de mi vejez!

Acerqueme á las habitaciones que ocupaba mi madre. Llamé á la puerta y salió á abrir una de las doncellas. La condesa estaba sentada en una silla de alto respaldo , primorosamente adornada de tapicería. Sus pies, notables por su belleza, descansaban en un cogen de terciopelo: tres doncellas la rodeaban y ella misma estaba muy ocupada en terminar un delicado bordado , arte en que sobresalía en gran manera.

—El conde , señora , dijo la criada que me habia abierto , colocando una silla al lado de mi madre y retirándose despues al de sus compañeras.

—Buenos dias, hijo mio, dijo la condesa levantando la vista un momento y volviéndola á fijar de nuevo en su bordado.

—He venido á buscaros, querida madre, porque no sé si con la multitud de huéspedes que nos rodea y la variedad de diversiones en que nos ocupamos, podré aprovechar otra oportunidad de tener una conversacion particular con vos. ¿Queréis mandar que se retiren las doncellas?

—Mi madre levantó de nuevo los ojos.  
—¿Y por qué hijo mio? Seguramente nada puede haber entre nosotros que exija el secreto. ¿Por qué quieres que las despida?

—Mañana, señora, salgo de la quinta: ¿es extraño que un hijo desee ver á su madre á solas antes de su partida?

—De ningun modo, Morton; pero tu ausencia no será muy larga ¿eh? Jesus

¡ qué desgracia ! he dejado caer la aguja.

—Perdonad mi importunidad, querida madre ; ¿ pero quereis mandar que se retiren las doncellas ?

—Si lo deseas, ciertamente ; pero no me gusta estar sola , especialmente en estos salones tan grandes ; ni esto es compatible tampoco con nuestra clase ; sin embargo, no quiero contradecirte, hijo mio. Y la condesa mandó á sus sirvientes que se saliesen á la antesala.

—Y ahora , Morton ¿ qué es lo que quieres ?

—Solamente despedirme de vos y preguntaros si teneis alguna comision que darme para Londres.

La condesa alzó otra vez la vista de su obra.—Mucho te agradezco, querido hijo , esta tu delicada atencion. Me han dicho que ahora se llevan los petos un poco menos puntiagudos que antes. Yo

no hago caso, bien lo sabes, de semejantes tonterías; pero por respeto á la memoria de tu ilustre padre, deseo presentarme como conviene ante la gente; una de mis doncellas te dará una carta con instrucciones para madame Tourville: vive en la calle de Saint James, y es la única persona que entiende de estas materias, porque ha sido desgraciada y sabe el traje que mas conviene á las mujeres á quienes su elevada categoría no ha preservado de grandes aflicciones. ¿Con que te vas mañana? ¿Quiéres darme las tijeras que están en esa mesa de marfil? Mas allá.

—¿Y cuándo vuelves?

—Tal vez nunca, dije bruscamente.

—¿Nunca, Morton? Es singular, ¿y cómo?

—Puedo entrar en el ejército y si me matan....

—Esperó que no.—Querido, qué frio



hace aquí; ¿quieres cerrar esa ventana? perdona si te molesto; pero tu has querido que despida á las doncellas.—¿Dices que vas al ejército? Esa es profesion muy peligrosa; todavía viviría tu pobre padre si no la hubiese abrazado; sin embargo, en una causa justa, es gran gloria militar bajo las banderas del Dios de los ejércitos; pero tiene sus contras: ¡y las pobres viudas! ¡Y los pobres huérfanos! —¿Te acordarás, hijo mio, de no dar la carta sino á madame de Tourville en persona? Sus oficialas no saben ni mis desgracias ni la exacta medida de mi talle; y á mi edad y en mi estado de viudez, es preciso que los trajes sean decorosos.—Y esto me recuerda que nos esperará la comida. ¿Tienes algo mas que decirme, Morton?

—Si señora, dije yo conteniendo mi emocion, sí, madre mia, quiero pedirlos

una mirada, una palabra afectuosa antes de separarnos; mirad, de rodillas espero vuestra bendición ¿no quereis dármela?

—Yo te bendigo, hijo mio, yo te bendigo: mira ahora si está por ahí mi aguja.

Me levanté inmediatamente, hice una inclinacion profunda, que mi madre me devolvió con su gracia particular, y me retiré. Pasé á la sala de estrado, no encontré en ella mas que á lady Needleham, salí desesperado, hallé á lady Hasselton y estuve coqueteando con ella toda la tarde. Pero en vano es querer olvidar lo que uno verdaderamente siente, aparentando sentimientos que no tiene.

A la mañana siguiente despues de haberme despedido como correspondia de todos, escepto de Gerald; despues de haber enjugado las lágrimas de mi tio, á las cuales habrian acompañado las mias si no hubiese estado delante lady Hassel-

ton, y despues de haber acariciado á su perro Ponto, que al separarme del buen anciano me parecia mucho mas digno de cariño que hasta entonces me habia parecido ningun perro, entré en el carruaje de la beldad, pasé el rubicon de la vida y comencé mi carrera de hombre y ciudadano, aprendiendo bajo la direccion de la mas hermosa coqueta de aquel tiempo, los altos deberes de un galan de corte y de un elegante de primera.

## CAPITULO IV.

*El héroe en Londres.—El placer es comunmente el camino mas corto , asi como es el que mas pronto se elige, para llegar al saber.—Cuanto mas pronto adoptamos las vanidades del mundo, mas nos libramos de otras vanidades.*

Quando llegué á Londres era moda entre los jóvenes acaudalados mantener casa y dar á sus establecimientos de solteros la importancia que hasta entonces solo se habia dado á las casas de los cabezas de familia.

Figúrese el lector una série de habitaciones magníficamente adornadas en las cercanías de la corte. La antesala estaba llena de diversar personas, todos mensajeros de la moda y del placer. Aquí un criado francés, el inestimable criado Juan Desmarais sentado junto al fuego, cuida-

ba de hacer hervir el agua para el café, y con la envidiable afluencia de su lengua patria, pero mutilando el idioma inglés, conversaba con los diversos holgazanes que entretenían el tiempo hasta que les diese audiencia el amo de la casa, riéndose con verdadera política inglesa de su representante y ayuda de cámara francés. Allí estaba un sastre con las muestras de telas y figurines acabados de llegar de París, de París, moderno Prometeo, que transforma al hombre á cada momento. Cerca de él estaba un hombre alto y seco con casaca cubierta de galones muy usados, gorro y un gran látigo en la mano, que había venido á dar testimonio de la buena raza y excelencia de los tres caballos de que intentaba deshacerse por pura amistad al comprador. Junto á la ventana se veía á un poeta flaco y medio muerto de hambre,

que habria necesitado llenarse los bolsillos de plomo para que el aire no le llevase, si con paternal precaucion no hubiese puesto tanto peso en sus obras que no fuera fácil moverle de un sitio. ¡Felices tiempos aquellos, en que por diez guineas podia uno comprar todas las virtudes que hay bajo el sol; tiempos en que un autor pensaba disculpar los pecados de su obra, ponderando las admirables cualidades de la persona á quien la dedicaba (1)! A otro lado, con aire de arrogante desprecio, estaba un paje de coloradas y frescas megillas, y traje color de púrpura galoneado de plata, sentado encima de una mesa, moviendo las piernas á un lado y á otro, y dándose toda la importancia que corresponde al portador de un billete amoroso. Mas allá

(1) Gracias al cielo, para honor de la literatura, *nous avons changé tout cela.*

se veía al insolente buhonero con su caja de guantes franjeados de plata, y cinturones que Diana misma no se hubiera desdeñado de gastar. En aquel tiempo el mayor enemigo de la virtud de las mujeres eran los guantes: la delicada blancura del guante y el luciente esplendor de la franja eran irresistibles; y la hermosa Adorna en la tragedia del pobre Lee titulada *Cesar Borgia*, no es la única que ha sucumbido bajo la influencia de un par de guantes.

Inmediato al buhonero se hallaba un librero de viejo, de aspecto serio y taciturno, y encorbado bajo el peso de antiguos libros tomados de varios puestos, y que revendía á subido precio á los galanes literarios, que afectaban unir la finura del caballero á la profundidad del erudito. Una muchacha cuyo rostro desvergonzado y voluble lengua indicaban el

prematureo acrecentamiento de sus facultades intelectuales, se apoyaba contra la pared y repetía en la antesala las desapacibles agudezas que su ama (la actriz más célebre de aquella época) había dicho en las tablas; mientras un hombre corpulento, robusto y fuerte como un toro, con casaca gris y peluca negra, mezclaba con las diversas voces del inquieto grupo las bellas frases de Hockley en el *Hole* (1), desde cuyo punto de cortésana diversion venía encargado de un mensaje de convite. Si estos eran los que ocupaban la antesala, ¿qué pintura haremos del *salon* y de su dueño?

Sobre una mesa llena de libros había un par de floretes, una careta de mujer, y gran multitud de cartas, cubierto todo con una capa color de escarlata ricamente

(1) Punto donde se ejercitaban los luchadores en el pugilato.



galoneada, y cuyos extremos tocaban el suelo. En un velador de mármol habia un sombrero con presillas de costosos diamantes, una espada y un laud de mujer. Tendido sobre un sofá, ligeramente arropado con una bata de terciopelo negro, suelto el cuello de la camisa, caidas las medias, el pelo descompuesto, sin los falsos rizos que generalmante se llevaban, y cayendo sobre la frente en cortos y enredados mechones, estampada en el semblante la palidez que le cubre comunmente despues de una noche de disipacion, estaba un jóven de diez y nueve años y de facciones ni hermosas ni desgraciadas. Su estatura era pequeña y su cuerpo flaco, pero tal vez no mal dispuesto para empresas que exigiesen actividad ó esfuerzos musculares. Tal es, ¡oh lector! la imágen del joven pródigo que ocupaba las habitaciones que acabo de describir, y tal es (aun-

que algo favorecido por la parcialidad) el retrato de Morton Devereux seis meses despues de su llegada á Londres.

Abrióse de repente la puerta con el decidido empuje con que nuestros amigos creen necesario manifestar la extension de su familiaridad ; y un jóven como de veinte años lujosamente vestido y de rostro que anunciaba su negligente dissipacion y su altivez aristocrática, invadió el aposento.

—¿Qué es esto, señor fanfarron? gritó arrojándose sobre una silla : ¿todavía os duran los vapores del Borgoña que bebimos anoche en casa de Saint John ? ; Qué vergüenza ! Antes que yo llevase la mitad del tiempo de aprendizaje que vos, ya podia beberme mis tres botellas tan fácilmente como el mar se sorbió el navío *Revolucion* ; ya era capaz de pasarlas de un trago sin que á la mañana siguien-

te se manifestase en mí la menor señal.

—Os creo, os creo, magnánimo Tarteletón: la Providencia concede á sus criaturas diferentes mercedes: á unos les dá talento, á otros capacidad para beber. Lástima que ambas cosas no puedan estar unidas.

—¡Ah conde! ¿Cuándo abandonareis ese vicio de satirizar á todo el mundo?

—Cuando un hombre ilustrado me convierta ó un necio me harte.

—Muy bien, muy bien, eso es muy bueno; pero á mí no me gustan las agudezas por la mañana y dejo á mis facultades intelectuales en deshabillé hasta la noche: hablemos lisa y llanamente de los asuntos del día. En primer lugar ¿pensais dar una vuelta por la Nueva Lonja? Hay allí una jóven de ojos negros que despacha cinta, y mis verdes ojos estan deseando encontrarse con los suyos.

—Iremos, y á la vuelta me acompañareis á ver los títeres de maese Powell.

—Hablais como un Salomon. Confieso que me gustan los títeres: es un placer para los pequeños ver rebajados á los grandes; ver á los reyes representados por muñecos, y las pompas del mundo personificadas en payasos.

—¿Pero cómo es que teneis gusto en mezclaros con patanes, con inmundos plebeyos, y en reiros delante de ellos de las distinciones sociales, lo cual es el mejor medio de hacerles ver cuán pequeñas son esas distinciones que tanto apreciáis? Confesad, mi soberbio Coriolano, que no se compra el orgullo sino á costa de la consecuencia de opiniones.

—¡Ah Devereux! Aguais todo mi placer con solo haber pronunciado la palabra plebeyos. ¡Qué despreciable es una persona ordinaria! ¿Qué es un plebeyo

sino un compuesto de lodo sin mezcla alguna, un conjunto de asquerosos trapos, de malos olores, de indecente cobardía y de ferocidad gatuna? ¡Puf, Devereux! no quiero detenerme en este pensamiento porque necesitaría lavarme con algalia.

—Y sin embargo, ellos se reirán hoy de las mismas cosas que vos, y habrá por consiguiente entre vos y ellos la mas deliciosa igualdad de gustos. La emocion, amigo Tarleton, ya sea producida por un objeto ridículo, ya sea efecto de la ira ó del dolor, ya sea escitada en una funcion de títeres, ya en un funeral ó en una batalla, es el mayor nivelador; y el hombre que quiera ser siempre superior á los demas, tiene que ser siempre insensible.

—Hablais como un oráculo, segun costumbre, conde; pero escuchad, que da el

reloj. ¡La una por Cristo! ¿No os vestís?

Me levanté y me vestí. Pasamos por la antesala: los que esperaban mi audiencia para ayudarme en el arte de gastar dinero, se formaron en fila delante de mí.

—Dispensadme, caballeros, dije: (¡Caballeros; ciertamente que les conviene el título! exclamó Tarleton) por haberos tenido tanto tiempo esperando.

Mister Snivelsnip, vuestras casacas son magníficas; hacedme el favor de entenderos con mi criado respecto á la anchura que han de llevar los galones de las libreas: él tiene mis instrucciones. Mister Jockelton, mañana á la una probaremos vuestros caballos. ¡Ah Mister Rymer! Os pido mil perdones, disimulad la ignorancia de mis criados y la poca atención con que han hecho esperar á un hombre tan distinguido como vos. He leído vues-

tra oda; es soberbia : tiene la facilidad de Horacio con el fuego de Píndaro: vuestro Pegaso nunca toca la tierra y aun en sus mayores excesos le manejaís con igual gracia y facilidad. Solamente siento que me la hayais dedicado; haceis de mí demasiados elogios.

—No tal, señor conde: todo cuanto digo corresponde perfectamente á vuestro mérito.

—Perdonad , interrumpí , perdonad que no admita vuestra dedicatoria y traslade este honor á lord Halifax : Lord Halifax gusta de los hombres de mérito; le agrada tambien que le dediquen sus obras. Mañana le hablaré de la vuestra: todo lo que decís de mí le conviene exactamente. Me dareis un ejemplar de vuestro poema luego que esté impreso, y permitid que desde ahora pague á vuestro librero. Adios.

—¡ Oh señor conde ! esa es demasiada generosidad.

—¿Una carta para mí, lindo paje? ¡Ah! decid á su señoría que en el teatro de Powell tendré el placer de ponerme á sus órdenes ; que estoy impaciente por ver llegar la hora de ir á besarla las manos. Mister Fribbleden, vuestros guantes parecen hechos para los gigantes de Guildhall : mi criado os dará la medida exacta de mis manos y por la muestra vereis la anchura que precisamente debe tener la franja. Hermosa mia ; ¿venis de parte de Mistress Bracegirdle? La comedia será aplaudida ; he tomado siete palcos. Mr. Saint John ha prometido su influencia ; decid por tanto á mi Hebe que la cosa es cierta y dejad que os dé un beso, querida, porque veo que ya teneis rocío en vuestros lábios. Mister Thumpem, sois un valiente y merecis un premio por vuestra



habilidad en el pugilato ; yo veré de conseguir que la primera vez que os rompan la cabeza lo hagan á conciencia. ¡Hola, otra vez está aquí Mister Bookworm ! Espero que esta vez me traereis mejores libros : los antiguos romances parece que han sufrido todos los rigores del otoño, porque han perdido la mayor parte de sus hojas, y Platon ha dejado en prenda en vuestras manos la mitad de su república, sin duda para pagar la exorbitante suma que creísteis conveniente exigir por la otra mitad. En cuanto á Diógenes Laercio y sus filósofos.....

—¡Ta, ta, ta ! interrumpió Tarleton ; veo que con vuestros tratados teóricos de filosofía me vais á hacer aprender la parte práctica de ella : ¿ cómo os estais charlando mientras yo espero aquí con impaciencia ?

—Perdonad, Mister Bookworm. Dejad vuestra carga á mi criado, y volved mañana temprano. Ahora, Tarleton, estoy á vuestras órdenes.

## CAPITULO V.

*Escenas y conversaciones chistosas.—La Nueva Lonja y el teatro mecánico.—El actor, el campanero y la beldad.*

—Amigo Tarleton, dije mirando alrededor de mí luego que llegamos al emporio de la moda y del galanteo que tan célebre fué en los tiempos de Carlos II y que todavía conservaba una sombra de su antigua fama en el reinado de Ana, amigo Tarleton, ya estamos en la tierra clásica tan á menudo mencionada en las comedias y que nuestras castas abuelas venian en tropel á ver. Aquí podemos dar citas mientras aparentamos comprar guantes; aquí mientras llega la hora de ver á nuestras queridas, podemos matar

el tiempo coqueteando con sus modistas. ¿No os parece que infunde alegría el aire que se respira en este sitio? ¿No os recuerda los tiempos de los Ethereges y de los Sedleys?

—Cierto, dijo Tarleton apoyándose sobre un mostrador y dirigiendo una mirada amorosa á la linda coqueta á quien pertenecía, mientras que segun la moda del tiempo, rociaba sus largos rizos, que le caian hasta los hombros, con el agua de jazmin contenida en un frasquito que encima del mostrador estaba, cierto; ¿pero habeis visto alguna vez ojos como estos? ¿Teneis tabaco en polvo bien perfumado, prenda?—¡Uf! Esto no se ha hecho sino para las narices de un cura de Gales, hija mia; esto quema, esto es rábano pulverizado; esto es capaz de hacer á la nariz mas fria estornudar como un muchacho lavado en noche de sábado.—¡Ah!

este otro es mejor, princesa mia; este polvo es ya un poco mas delicado, lisonjea el cerebro como si fuera dedicatoria de poeta. En verdad, Devereux, esta atmósfera debe tener algo de contagiosa; aquí se coje el buen humor tan facilmente como un resfriado.—¿Pasámos adelante? Mi Clelia está al otro lado de la Lonja.—Hablábais de nuestros escritores dramáticos: ¡qué lástima que los Ethereges y Wycherleys de nuestros dias sean tan francos en su galantería, que obliguen á los timoratos á mirarles con cierta especie de horror! Tienen mucho talento.

—Sí, contesté, y segun mi buen tio, diría, tienen gran conocimiento de la humanidad, esto es, de la peor parte de ella; pero no son solamente licenciosos, son otra cosa peor, son viles; santifican de un modo imperdonable el engaño, la mentira, el robo y la traicion: sus chistes

corrompen todo el sistema moral: son como la yerba sardónica, que os hace reir pero que os envenena en el acto. ¿Mas quién es este que viene hacia nosotros?

— ¡Oh el honrado Colley Cibber ! ¡hola Cibber ! ¿ como vá ? (1).

— La persona á quien se dirigian estas palabras era un hombre de mediana edad grotescamente vestido y con una peluca desmesuradamente larga. Sus facciones, que consideradas separadamente no dejaban de tener gracia, mostraban en su conjunto cierta expresion de viveza, de impudencia y de grosera, aunque no repugnante, disipacion. Se acercó á nosotros corriendo y saludó á Tarleton con aire bastante humilde á pesar de la familiaridad que aparentaba.

(1) Colley Cibber fué un famoso actor y autor dramático.

(N. del T.)

—¿Qué pensais , le preguntó Tarleton, qué pensais que estábamos hablando cuando llegasteis?

—En verdad Mister Tarleton , respondió Cibber haciendo una profunda reverencia , como no hablaseis del magnífico corte de vuestra casaca, que veo está hecha segun las reglas de la mas rigurosa moda , ó de vuestro triunfo con mi señora la duquesa , no sé qué pudiera ser.

—¡He , basta! dijo Tarleton con altivez, dejaos de cumplimientos : y despues añadió en tono mas suave.—No, amigo Colley , estábamos condenando la inmoralidad que se observaba en las obras dramáticas, hasta que vos con vuestras virtudes y ejemplo emprendisteis la tarea de reformar el teatro.

—Sí, repuso Cibber con aire de fingida santidad , Dios sea loado , he arran-

cado parte de la mala yerba que en el campo de la literatura dramática crecía.

—¿Lo ois conde? ¿No os parece Cibber como nacido para censor?

—Seguramente, dijo Cibber : desde que Dickey Steele ha emprendido la carrera de santo y tomado el tonillo de metodista, alguna esperanza de conversion puede quedar todavía aun para los réprobos como yo. ¿Pero me será lícito preguntar á Mr. Tarleton donde cenará esta noche?

—No con vos, Coll: no se tienen todos los dias saturnales: vamos, dejadnos solos; pero deteneos, voy á proporcionaros una satisfaccion ¿conocéis á este caballero?

—No tengo ese honor.

—¡ Conoced, pues, á un conde ! Conde Devereux, rebajaos hasta el punto de conocer á Colley Cibber, hombre cual ninguno para cantar, beber una botella y



llevar un mensaje á una actriz: tiene viveza y descaro, pero no puede ser amado por su bondad ni respetado por su independencia.

—Mister Cibber, dije yo ofendido de las palabras de Tarleton, aunque la persona á quien se dirigian parecia oirlas con la mayor tranquilidad y frescura, Mister Cibber, tengo á satisfaccion y á orgullo conocer al autor del *Marido descuidado*. Estas son las señas de mi casa, me hareis un favor en visitarme cuando podais.

—¿Por qué habeis tratado tan mal á ese pobre diablo? dije á Tarleton cuando Cibber despues de muchos cumplimientos y cortesías nos dejó solos.

—Dios le confunda: es hombre que siempre está adulando á los poderosos, que se llena de orgullo cuando le desprecian, que se envanece con lo que otro se

avergonzaría. Vamos á buscar á Clelia.

Luego que Tarleton se hubo entretenido un breve rato galanteando á una jóven que aparentaba la mas edificante modestia, salimos de la Lonja y tomamos el camino del Teatro Mecánico.

Al entrar en la plaza en que se hallaba situado el edificio, vimos á un hombre alto y seco que se paseaba por los soporales con aire de la mayor tristeza. Tarleton unía á su buen natural cierta especie de insolente arrogancia que le impulsaba á dejarse llevar de las impresiones del momento á despecho de toda otra consideracion, especialmente si se trataba de un individuo de la plebe á quien mi aristocrático amigo tenia por propiedad exclusiva de los nobles, los cuales, segun su opinion, podian ejercer sobre ella un dominio despótico.

—Mirad, Devereux, ¿no veis á ese hom-

bre que tiene la audacia de aparentar esplin? Yo creia que la melancolía era distintivo peculiar de la nobleza : ahora veremos quien es. Y adelantándose hácia el hombre de triste semblante le tocó con la contera del baston. El hombre se sorprendió y se volvió hácia Tarleton.--Hola, dijo este con serenidad ; ¿qué diablos teneis para mostrar tanta tristeza?

—Caballero, dijo el triste con bastante cortesanía, me parece que tengo derecho á estar disgustado.

—Lo dudo, amigo mío , dijo Tarleton. ¿De qué os lamentais? ¿Se ha subido el precio de los callos , ó teneis una mujer borracha? Porque estas son las únicas desgracias que pueden ocurrir á hombres de vuestra estofa.

—Si es así, dije observando que el triste arrugaba el ceño ¿qué podemos hacer para aliviar vuestro dolor? Contad-

nos el motivo de esa tristeza y os daremos un remedio que no habrá mas que pedir, un específico de plata: aquí teneis una muestra de nuestra habilidad.

—Os doy infinitas gracias, caballero, dijo el hombre embolsando el dinero y poniendo mejor cara ; puedo afirmaros sériamente que me sucede una cosa muy singular. Yo he sido hace pocas semanas sota-campanero de San Pablo en Covent-Garden, y mi obligacion era tocar las campanas diariamente á la hora en que se celebra el oficio divino; pero un hombre de Belial vino á establecerse aquí cerca y á poner un teatro de títeres, y eligiendo las horas de la representacion con perversa sagacidad, hizo que la campana que yo toco para llamar á los fieles á la iglesia, sirviese de señal para llamarlos al teatro. Así, señores, cuando vuestro humilde servidor empezaba á tocar para

el servicio de Dios, la gente corria á ese condenado establecimiento donde se sirve al diablo, y en vez de ser instrumento para salvar las almas, no fuí ya mas que un medio inocente de destruirlas. ¡ Oh señores! Es fatal esto de tener que tirar de la soga hasta que el sudor le corre á uno por el cuerpo, todo por cuatro chelines á la semana, y ver entretanto cómo se vá disminuyendo el número de fieles y cómo se vá quedando vacío el bolsillo.

—Cierto que es lamentable caso: ¿y qué habeis hecho, señor campanero?

—Señor, he escuchado la voz de mi conciencia y he dejado mi destino. Desde entonces me he establecido en la plaza para disuadir de su error á los seducidos y asegurarles que cuando toca la campana de San Pablo toca para el oficio divino y no para los titeres.—Dios nos asista: ói-

ganla, señores míos, que suena en este instante, y miren cuántas pelucas y cuántas caperuzas se ponen en movimiento hácia el teatro en vez de dirigirse hácia la iglesia.

—¡ Ha, ha, ha! exclamó Tarleton, Mr. Powell no es el primero que ha hecho servir las cosas santas á objetos mundanos, y empleado las campanas de los templos para atraer dinero al ancho bolsillo de los enemigos de la iglesia. Pero amigo, seguid mi consejo, meteos á predicador; subíos en un púlpito frente al teatro y apuesto dos cuartos á que la multitud deja la representacion de tteres por vuestra representacion religiosa; porque cuanto mas sagrada es la cosa que se representa mas cierta es la entrada.

—Cuerpo de tal, caballeros, dijo el campanero, he de seguir vuestro consejo.

—Hacedlo, buen hombre, y no volvais

á poner el semblante triste : eso se queda para vuestros superiores (1).

—Y con este consejo y una nueva propina por su confianza, nos separamos del inocente auxiliar de Mr. Powell, y nos dirigimos al teatro al son de la misma campana, cuya perversion tan patéticamente habia lamentado el bueno del campanero.

La primera persona que ví en los títeres y en realidad la única á quien habia ido á ver allí, fué lady Hasselton. Tarleton y yo nos separamos por entonces y fui á presentarme á la coqueta.—¡Angel de gracia! dije acercándome, y antes que prosiga adelante, observad lady Hasselton cuán aplicable os es esta exclamacion. ¡Angel de gracia! Habeis pasado vuestros lunares, uno, dos, tres, seis, ocho, del

(1) En el número 14 del *Spectator* se insertó una carta de este desgraciado campanero.

lado izquierdo de vuestra megilla al derecho! ¿Cuál es la causa de tan repentina emigracion?

—He cambiado de ideas (1), conde, y he resuelto no perder tiempo en publicar este cambio. ¿Pero es cierto que vais á casaros?

—¡A casarme! ¡Dios me libre! ¿Quién de mis enemigos ha esparcido tan injusto rumor?

—¡Oh el rumor es universal! Y lady Hasselton abria y cerraba el abanico con la mas lisonjera violencia.

—Sin embargo, es falso; no puedo comprar mujer por ahora, y digo comprar, porque gracias á la pension de viudedad que hay que asegurar á la novia y al dinero que despues de casada hay que dar-

(1) Las señoras que pertenecian al partido whig llevaban los lunares en una megilla y las del partido tory en la otra.



le para alfileres , estas cosas han llegado á ser ya artículo de comercio; y (observad cuánto se parece la vida del hombre civilizado á la del salvaje) el inglés lo mismo que el tártaro si quiere mujer tiene que comprarla. ¿Pero quién es la novia?

—La rica heredera del duque de Newcastle , lady Enriqueta Pelham.

—¡Cómo! ¿El objeto de la ambicion de Harley (1)? En verdad, señora, que el rumor no es tan injusto como habia pensado.

—¡Hola, señor galan!... ¿Pero no es verdad?

—Os lo juro por mi honor: mis rivales son muchos y demasiado poderosos. Miradlos, miradlos como hormiguean en torno de la ilustre heredera: observad

(1) Lord Balingbroke nos dice que el principal objeto de la administracion de Harley era casar á su hijo con esta jóven. Así la suerte de las naciones depende de mil pequeñas miras de interés particular.

sus sonrisas y sus cumplimientos. ¿No es chistoso ver á tantos hombres bien nacidos y educados imitar á los patanes delante de una hermosa y mostrar los dientes del modo mas gracioso posible por llevar *doradas cadenas*? Pero nada teneis que temer de mí, lady Hasselton; mi amor no puede pasar de un punto á otro aunque quisiera; y hablando en el ingenioso estilo de Sidney, diré que el amor, habiendo entrado en mi corazon, quemó en él sus alas y ya no puede volar á otra parte.

—¿Qué decís? preguntó lady Hasselton; no os comprendo exactamente: vuestro maestro de decir gracias no os ha enseñado bien la leccion.

—Si señora, me la enseña bien, pero en vuestra presencia se me olvida; y ahora (añadí bajando la voz todo lo posible) que estais segura de mi fidelidad, espero que no dareis crédito á semejantes rumores.

—¡Os amo tanto! respondió lady Has-  
selton en el mismo tono: y esta respues-  
ta admirable idea de todas las coquetas:  
en ellas el amor y la confianza son cuali-  
dades opuestas que nunca pueden estar  
unidas. Concluido nuestro *tête-à-tête* la  
conversacion se hizo general.

—Mañana representará Betterton, dijo  
lady Pratterly, es preciso ir.

—Es preciso ir, añadió lady Hasselton.

—Es preciso ir, exclamaron todos.

Y así pasó el tiempo hasta que ter-  
minó la representacion y yo quedé libre.

Es cosa magnífica ser amante de una  
mujer á la moda. El que tiene una dicha  
semejante hace con sus horas lo mismo  
que el avaro con sus guineas, contarlas y  
mas contarlas á cada momento.

## CAPITULO VI.

*Mas leones.*

A la noche siguiente despues del teatro, Tarleton y yo entramos en el Wills, donde estaban reunidos media docena de ingenios. ¡Cielos como hablaban! No habia reputacion de actor ni de actriz, ni de poeta, ni de hombre de estado, ni de teologo, ni de crítico, ni de filósofo que no destrozasen del modo mas gracioso imaginable. Nos sentamos, y mientras Tarleton se entretenia con una taza de café y el *Flying Post*, yo estuve atento á la conversacion. Ciertamente si uno aprovechase todas las ocasiones que se le presentan de adquirir un grano ó dos de conocimientos, pronto tendria la cabeza llena de ellos; un periódico de aquel

tiempo (1) refería el caso de un hombre que hizo gran caudal pidiendo un polvo á todos los que salian de una tienda de tabaco y vendiéndolo luego que llenaba la caja.

Mientras estaba escuchando á un hombre alto y robusto que satirizaba al actor Dogget, ví entrar á un caballero bien vestido que inmediatamente atrajo la atención general. Su cara era chata y fea, pero sus miradas eran vivas y su aire noble. Habia, sin embargo, en sus maneras algo de forzado y artificial, que denotaba sus esfuerzos para encubrir su natural buen humor, vistiéndolo con cierto trage que seguramente no estaba hecho para él.

—¡Hola Steele! gritó un hombre que tenia una casaca de color de naranja y que por su aire elegante y de importan-

(1) *El Hablador.*

cia, parecia tener la pretension de dar el tono á la reunion en que se hallaba, hola Steele, ¿de dónde venís, de la iglesia ó de la taberna? Y miró alrededor de sí como para hacernos participar del placer que se imaginaba debia causar su agudeza.

Mr. Steele se acercó, al parecer ofendido, pero venciendo su buen natural á la afectacion de santidad con que por entonces se presentaba este escelente escritor, se contentó con hacer una inclinacion de cabeza y decir, dirigiéndose al de la casaca color de naranja:

Todo el mundo sabe, coronel Cleland, que sois un genio, y sin embargo, tomamos vuestras agudezas como se toma de un honrado mercader la vuelta de una moneda, es decir, perfectamente satisfechos de lo que nos da, y sin parar la atencion en ello.

—¡Diablo! Cleland, no habeis quedado muy bien parado, exclamó un hombre con peluca de lino. Steele entre tanto vino á sentarse inmediato á mí.

Tarleton, que era demasiado bien educado para presumir de altivo con un literato tan eminente, juzgó necesario dejar á un lado el *Flying Post* y presentarme á mi vecino.

—Digo, preguntó el coronel Cleland tomando un polvo y columpiándose en la silla con aire de satisfaccion, ¿hay aquí alguno que haya visto el nuevo periódico?

—¿Cuál? dijo el de la peluca de lino, ¿el que ha sucedido al *Tatler* (1) el *Spectator*?

—El mismo, repuso el coronel.

—Seguramente ¿quién no lo ha leído? añadió el de la peluca: todos tienen noticia de que Congreve es su redactor.

(1) *El Hablador*.

—Pues están todos muy equivocados, interrumpió un hombre chico de cuerpo, grueso y con anteojos: yo sé de buena tinta que quien escribe en el *Spectator* es Swift.

—Bah, dijo Cleland en tono de autoridad, bah, ni uno ni otro; yo, señores, estoy en el secreto; pero.... ya se ve ¿me explico? Y si yo fuera de los que gustan elogiarse á sí propios....

—Entonces debemos suponer que vos, Cleland, sois el redactor.

—No he dicho eso, Dicky, pero las mujeres se empeñan en creerlo así; y el coronel se arregló la corbata.

—¿Qué decís á eso, Mister Addison? dijo el de la peluca de lino. ¿Estais por Congreve, por Swift ó por el coronel Cleland? Dirigíase esta pregunta á un hombre de aspecto grave, pero distraido, y que con los ojos fijos en el suelo, tranquila-



mente y sin atender en apariencia á la conversaci3n, se entretenia en fumar su pipa: este personaje, entonces eminente y despues inmortal, contest3 sin alzar los ojos:

—El coronel Cleland debe presentar otros testigos para probar que es redactor del *Spectator*, porque ya sabemos que las mujeres estan preocupadas en su favor.

—Eso es cierto, amigo mio, exclam3 el coronel dirigiendo una mirada oblicua á su casaca color de naranja, pero os aseguro, Addison, que celebraría mucho que publicaseis un periódico de la misma especie, porque sois conocedor del mérito y haríais justicia á vuestros amigos.

—Si alguna vez escribo, coronel, yo ó mis colaboradores trataremos al menos de hablar de vos como mereceis.

—Hola, Steele, dijo el de los anteojos: dinos lo que piensas: ¿conoces al

redactor de ese chistoso periódico?

—Esta mañana le he visto, contestó Steele negligentemente.

—¡Ah! ¿Y qué le dijiste?

—Le pregunté su nombre.

—¿Y qué respondió? preguntó el de la peluca de lino, y todos nosotros rodeamos á Steele deseosos de saber quién redactaba un periódico que escitaba entonces el mayor y mas universal interés.

--Me respondió solemnemente, dijo Steele, con las siguientes palabras:

*Græci carent ablativo.—Itali dativo.*

—*Ego nominativo.*

—Famoso, magnífico, gritó el de los anteojos, y dirigiéndose despues al coronel Cleland añadió ¿qué significan esas palabras?

—¿Ignoramus? dijo Cleland desdeñosamente; pues no hay chico de la escuela que no conozca á Virgilio.

—Devereux, dijo Tarleton bostezando; ¡qué delicioso es oír tantos golpes de ingenio! Lástima que esta atmósfera sea tan fina que no puedan sufrirla por largo tiempo los pulmones que no están á ella habituados. Vamos á dar un paseo para entonarnos.

—Con mucho gusto, contesté, y salimos á la calle.

—No es la reunion de Wills lo que era, dijo Tarleton, antes bien es una miserable sombra de su primer ser, y si no se hubiesen introducido los naipes, era cosa de morirse ahí á fuerza de desmayos.

—No conozco nada mas tonto, dije, que ese airecillo literario-burlon que ahora está tan en moda; pero el mismo tedio causan que la conversacion, los entreactos de canciones recitadas con cierto ceceo por un hombre de guantes de franja y lánguida mirada.

—Vayan al diablo, exclamó Tarleton, y busquemos otra cosa mas nueva en que pasar el tiempo. ¿Estais convidado esta noche á casa de Abigail Masham, ó que-reis venir á la de madame de la Riviere Manley?

—¿Madame de la qué? ¿Quién es esa señora de tan largo nombre?

—Es la erudicion unida á la lascivia: una señora que lee á Catulo y se aprovecha de sus lecciones.

—Bah, no, no dejaremos á la amable Abigail por ella. Ademas he prometido á Saint John que nos veremos en casa de Masham.

—Como gustéis. En casa de Abigail tendremos un vino que no podríamos encontrar en la de su primo el de Marlborough.

Y Tarleton animado con esta creencia me acompañó gustoso á casa de aquella

célebre mujer, que hizo á los torys tan notables servicios, por lo qual fué llamada por los whigs una gran necesidad dividida en dos partes, á saber, una gran necesidad de dinero ageno, y una gran necesidad de virtudes propias. Conforme subiamos la escalera se abrió una puerta que daba á un aposento particular, y ví á la favorita salir á despedir con muestras del mas profundo respeto á mi antiguo preceptor el padre Montreuil. Este recibió sus atenciones como cosa que le era debida, y bajando la escalera se halló frente á frente conmigo. Al verme se apartó para dejarme pasar; no mudó de color ni de actitud, saludó politicamente y desapareció. No tuve mucho tiempo para reflexionar sobre esta circunstancia, porque Saint John y Mr. Domville, escelentes compañeros ambos, se reunieron con nosotros, y siendo poco numeroso el cír-

culo en que estábamos, tuvimos la extraordinaria felicidad de hablar y hacernos mutuas cortesías. Me era imposible pensar de otra cosa cuando Saint John hablaba conmigo; y hasta el padre Montreuil desapareció de mi imaginacion luego que el ingenio de Saint John se apoderó de ella. Ambos teniamos el mismo modo de pensar en politica, y así ambos luciamos nuestro chiste sin ofendernos mutuamente; cosa rara entre los que hacen profesion de graciosos. La leal Abigail nos contó varias anécdotas de la buena reina, y nosotros añadimos á ellas nuestros *bons mots* por via de corolarios. Ademas el vino, un vino cuyas cualidades hasta el delicado Tarleton aprobó, dió vigor á nuestra inteligencia, y pasamos una noche como las que raras veces pasan los caballeros y torys.

## CAPITULO VII.

*Una aventura con personas inteligentes.*

—Algo afectados por el vino que tan completamente habia realizado las lisonjeras esperanzas de mi compañero, volviamos Tarleton y yo á casa, cuando vimos á un hombre de estatura colosal riñendo con dos serenos. En mi juventud los serenos eran enemigos naturales y especiales de los galanes; así no bien llegamos al terreno de la desigual batalla, cuando sacando nuestras espadas con el verdadero valor inglés que hace suyos los agravios de otros, nos apresuramos á dar auxilio al partido mas débil.

—Señores, dijo el sereno de mas edad retrocediendo, en la contienda que veis llevamos nosotros la razon, pues este lo-

co nos ha dado de golpes sin motivo alguno.

—Siempre hay motivo para apalearse á un sereno, exclamó la parte acusada levantando en alto su baston y amenazando á la cabeza del querellante.

—En efecto, dijo Tarleton con la mayor calma. Señores individuos de la vigilancia nocturna, sabed que habeis nacido y se os paga para ser apaleados, ergo no teneis razon para quejaros. Dejad á este digno caballero y marchad á otra parte á hacer mas lúgubre la noche con vuestras voces.

—Vamos, vamos, dijo el Dogberry (1) mas jóven viendo que les llegaba un refuerzo, seguid vuestro camino, buena gente, y dejadnos hacer nuestro deber.

(1) Dogberry es personage de una comedia de Shakspeare, que representa un celador de noche.

(N. del T.)



—El cual, interrumpió el mas viejo, consiste en llevar á este fanfarron al vivae.

—Bien dices, nocturno vigilante, dijo Tarleton, pero defiéndete, y sin añadir una palabra mas, le atravesó de parte á parte, no el cuerpo, sino la casaca, evitando con gran destreza la sustancia corporal de la parte atacada, y acercando sin embargo á ella la espada lo bastante para dar al sereno fundado motivo de aprension. Este, no bien se vió con el puño del arma junto al pecho, dió un agudo grito y cayó al suelo como si le hubiesen muerto en el acto.

—Ahora voy contigo, bribon, dijo Tarleton blandiendo su tizona contra el otro sereno: tiembla ante la espada de Gedeon.

—Señor, señor, dijo el sereno aterrizado y cayendo de rodillas, por amor de Dios, señor, no me mateis.

—¿Qué razon puedes alegar, chillador

mochuelo de la metrópoli, qué argumento puedes producir para librarte de la misma suerte que ha cabido al otro mochuelo tu hermano?

—¡Oh señor! exclamó la trémula ave nocturna (muchacho despierto y agudo en su clase), que tengo un nido y siete mochuelitos en él, y que el otro mochuelo era soltero.


—Es una desvergüenza venirse ahora con chanzas conmigo, dijo Tarleton; pero tu ingenio te ha salvado: levántate.

En aquel momento llegaron otros dos serenos.

—Señores, dijo el alto á quien habíamos socorrido, lo mejor que debemos hacer es huir.

Tarleton le dirigió una mirada de desprecio y se colocó en posición ofensiva.

—Aguardad, dije yo, hagamos una paz honrosa. Señores serenos, llevaos el



muerto y nosotros nos llevaremos los prisioneros.

Pero nuestros nuevos enemigos no entendian de chanzas, y se adelantaron hácia nosotros con tal furia, que la escena habria terminado en un sério combate si el alto no hubiese interpuesto su colosal humanidad entre los serenos y nosotros, gritando con voz de trueno:

—¡ Eh, muchachos! ¿A qué viene todo este ruido? Si nos llegais á prender sacareis esta noche las cabezas rotas, y tal vez unos cuantos chelines mañana. Si nos dejais marchar llevareis sanas las cabezas, y ademas una guinea para los dos. ¿Qué decís?

Bien dijo Fedra al hablar de los peligros de la elocuencia: *καλοι λιαυ λογοι*  
Los serenos se miraron mutuamente.—  
Ciertamente, caballero, exclamó uno de ellos, lo que habeis dicho altera la natu-

raleza del asunto, y si Dick no está muy herido, creo que podrá arreglarse la cosa.

Dicho esto, entre los dos levantaron al caído, el cual, después de haber dado tres ó cuatro gruñidos, empezó á recobrar sus facultades.

—¿Estais muerto, Dick? dijo el mochuelo de los siete mochuelitos.

—Creo que sí, respondió el otro gruñendo.

—¿Estais en disposicion de beberos un jarro de cerveza, Dick? preguntó el desconocido coloso.

—Creo que sí, repuso el muerto con voz mas animada. Esta respuesta satisfizo á sus compañeros, y se estipularon los artículos del convenio.

—Ahora tomad, dijo el alto metiéndose la mano en el bolsillo con el aire de una persona de la mayor importancia.

—Pardiez, dijo por último, no tengo

nada en los bolsillos del calzon ; pero lo tendré en la chupa.—¡ No ! pues es extraño : ¡ qué diablo ! Señores , he tenido la desgracia de dejarme el bolsillo en casa : añadid al favor que antes me habeis hecho el de prestarme el dinero necesario para satisfacer á esta buena gente.

Tarleton le dió una guinea. Los serenos se retiraron , y nos dejaron solos con nuestro rollizo aliado.

Este, poniéndose la mano en el pecho, nos hizo media docena de reverencias á cual mas profundas ; nos dió gracias en corteses palabras por el socorro que le habíamos prestado , y nos suplicó le permitiésemos que nos visitase en otra ocasion.

Cambiamos nuestras tarjetas , y nos separamos de él.

—Yo he visto á este hombre antes de ahora , dijo Tarleton : á ver si recuerdo que nombre tiene..... Fielding, Fiel-

ding; ah, sí, el mismo, el gran Fielding.

—¿Es Mr. Fielding persona tan elevada en fama como en estatura?

—¡Cómo! ¿Es posible que no hayais oído hablar de Fielding el hermoso, que se descubrió el pecho una tarde en el teatro para atraer la admiración de la parte femenina del auditorio?

—¡Cómo! exclamé yo, Fielding el de la duquesa de Cleveland?

—El mismo. El hombre mas bien formado de su tiempo. En el *Tatler* está su biografía bajo el nombre de Orlando el Hermoso. Su caudal ha decaído mucho desde que le vimos ir por esas calles en un coche como una canoa con media docena de mocetones con librea austriaca negra y amarilla corriendo delante y detras de él. Ya sabeis que pretende ser individuo de la familia de Habsburgo. En la

actualidad escribe poemas y galantea : es buen hombre , gracioso y extravagante ; pero por desgracia bastante dado al vino ; amigo de pedir prestado á todo el mundo , y rígido observador del juramento de los cartujos , que prometen no llevar dinero nunca consigo .

—El conocimiento de ese hombre mas bien proporcionará diversion que provecho .

—Exactamente . Ya os hará una visita , mañana tal vez ; acordaos de su propension á pedir dinero .

—¿ Quién olvida un consejo que tiene relacion con su bolsa ?

—Cierto , dijo Tarleton suspirando . ¡ Ah guinea mia ! me has abandonado para siempre . *Vale , vale , inquit Iolas .*

## CAPITULO VIII.

*El leon en su cueva.—Descubrimiento de un filósofo.*

Habiéndome favorecido Mr. Fielding con dos visitas, en las cuales no me halló en casa, creí conveniente pagárselas, y en su consecuencia una mañana me dirigí á su domicilio. Estaba situado en una calle que habia sido muy de moda treinta años antes; tenia gran fachada y en lo exterior presentaba cierto aspecto de ostentacion. A la inmediacion de la puerta observé una gran multitud de chicuelos desarrapados, y no bien llamé, se precipitaron en el portal con mas impaciencia que respeto: un criado con uniforme austriaco y un ancho cinturon hacia el oficio de portero.—Este, este, gritó uno de los



chicuelos, este es el guarda del leon. No dió mucho gusto al criado la imputacion que se hacia á su respetabilidad y á la de su amo, y murmurando algunas maldiciones y amenazas que al principio creí eran pronunciadas en aleman, pero que despues me convencí de que lo habian sido en irlandés, cerró la puerta con ímpetu sobre los intrusos impertinentes, y dijo en un acento que sentaba muy mal con su atavío:

—¿Es por mi amo por quien preguntais, caballero?

—Si señor.

—¿Y quereis verle ahora mismo?

—Justamente, mi sagaz amigo.

—Pues señor, habreis de dispensar, porque mi amo está en cama con una terrible *influenza*, y no puede recibir á nadie, á nadie absolutamente.

—Entonces me hareis el favor de dar-

le esta tarjeta, y decirle que siento mucho su indisposicion.

El lacayo tomó la tarjeta y se puso á deletrearla en alta voz.

—E-l-El, e-o-n-con, d-e-de, con-de, D-e-De, v-e-ve, -Devereux será: aquí dice, pues, el conde Devereux, segun pienso.

—Pensais, le dije, con tanto acierto como profundidad.

—¡Si lo hubierais dicho antes! Aguardad un poco; voy á avisar á mi amo y dentro de un momento le vereis.

—¿Pero no me habeis dicho que está malo?

—¿Y qué importa? Mi amo nunca está malo para recibir á un caballero.

Y con esto el guarda del leon me hizo subir por una magnífica escalera, me introdujo en un aposento grande, lúgubre y antiguo, y me dejó entretenido en

admirar las curiosidades que contenía, mientras él iba á curar á su amo la *influen-  
cia*. El aspecto de aquel cuarto estaba en armonía con el de la casa y con el del propietario: parecía un lugar del otro mundo destinado á recibir las almas de los muebles que fallecían. Las colgaduras eran completamente descoloridas, las sillas y sofás habían perdido toda su sustancia blanda, los espejos reflejaban todas las cosas con cierto viso verde-mar y hasta un gran cuadro que representaba al mismo Mr. Fielding y que estaba colgado sobre la chimenea, parecía la sombra de un retrato: tan oscuro y tan pálido se había vuelto por efecto del descuido y la humedad. Sobre una gran mesa semejante á una tumba y colocada en medio de la estancia, yacían dos retratos de perfil hechos con lapiz, obra de Mr. Fielding, una tarjeta de preñero, un par de vuel-

tas de camisa, un manguito muy pequeño, una espada muy grande, un peine, unas botas de montar y un sombrero viejo de pluma; á todo esto se añadian, un tarro de pomada cascado que contenia tinta, y una cuartilla de papel adornada con muchos dibujos que representaban corazones y antorchas, sobre los cuales estaban escritos varios renglones con letra tan grande y redonda, que no pude evitar leer el primer verso, si bien luego que lo hube leído aparté los ojos del papel con toda la viveza que me fué posible. Este verso, si la memoria no me es infiel, decia así: «Dí amable Lesbia, cuando tu zagal.» En el suelo habia dos cajas de lunares, un peluquin y dos ó tres libros de canciones muy estropeados. Tal era el recibimiento del hermoso Fielding, que parecia haber sido arreglado á propósito para dar muestra de las cualida-

des de su propietario, semi espadachin, semi atolondrado, poeta, calavera, alborotador, hombre de buena estampa, museo ambulante de extravagancias, y sombra viviente de un pasado renombre. «Hay modificaciones en el talento lo mismo que en la moda,» dijo en una ocasion sir William Temple, poniendo por ejemplo el caso de un noble que era el hombre de mas agudo ingenio en la corte de Carlos I, y de ingenio el mas obtuso en la de Carlos II (1). Pero cielos; cuán terribles son las revoluciones de la moda! ;Qué diferencia del gran Fielding el hermoso al gran Fielding el estravagante!

Diez minutos estuve en aquel cuarto, al cabo de los cuales se presentó el gigante. Tenia puesta una bata de brillantes colores y tela; pero tan antigua, que

(1) El conde de Norwich.

era difícil calcular á cual de los pasados siglos pertenecía; un gorrito de terciopelo con borla de oro muy gastada le cubría la cabeza, y en los pies llevaba un par de botas militares. En su persona todavía se notaban vestigios de su antigua y extraordinaria simetría; sus facciones todavía eran hermosas, aunque su tez se había vuelto mas basta y colorada; su semblante, en fin, había adquirido cierta expresión de franqueza y atrevimiento, de descaro, de alegría y de sutileza.

¡ Pero cuán diferente era su traje del de los tiempos antiguos! ¿Dónde estaba aquella larga peluca con su infinidad de rizos? ¿Dónde estaba la casaca cubierta de dorados galones, que la daban sin igual dureza? ¿Dónde los botones de diamantes, la pompa, el orgullo y las demas circunstancias de las gloriosas campañas que el mismo Fielding había hecho contra el sexo

femenino, encontrando en cada salon un Blenheim, y en cada teatro un Ramilies? ¡Ah! ¡A qué abismo tan profundo conduce á los hombres el deseo de figurar! ¡Cuál, si no, fué la causa de la misantropía de Timon y de la ruina del gallardo Fielding!

—Por Cristo, exclamó Mr. Fielding acercándose y apretándome familiarmente la mano, por Cristo me alegro mucho de verte. A fé de soldado, creí que eras un espíritu invisible é incorpóreo, y temblaba por tu salvacion porque sabia que si eras espíritu no eras de los del Cielo, pues tu puerta es al revés de las de arriba que se abren cuando uno llama. Pero mucho has madrugado, conde: como la sombra de Hamlet te gusta respirar el aire de la mañana. ¿No quieres entonar el estómago con una botella de vino y una tostada?

—Gracias, Mister Fielding; yo tengo por lo menos una de las propiedades de los

espectros y es no beber sino de noche.

—Mala regla, amigo mio, malísima costumbre, propia únicamente de los espectros y de los viejos. Nosotros los jóvenes, conde, debemos adoptar una conducta mas generosa. Ven acá ¿dónde bebiste anoche? ¿Te ha quitado las fuerzas la bebida, ó te ha dado algun dolor de cabeza que te obligue á predicar arrepentimiento y abstinencia hoy?

—No, pero voy á visitar á mi querida por la mañana y no es cosa de ir oliendo á vino. Confesad, Mister Fielding, que las mujeres no gustan de que jóvenes como nosotros se den desde por la mañana á la bebida.

— Por Cristo, exclamó Mr. Fielding acariciándose el estómago, hay cierta apariencia de razon en tus escusas, pero nada de sustancia, mi noble conde. Ya sabes cuán experto soy en estas materias; no



es por alabarme á fé de soldado , pero en fin sin vanidad puedo decir que tengo unos nuevecientos cincuenta rizos de pelo en mi caja , bajo llave y candado ; y los cincuenta entraron en ella la semana pasada ; por consiguiente me parece que puedo jactarme de conocer un poco al bello sexo. Pues bien, te aseguro por mi honor, conde , que las mujeres deliran por un muchacho de esos que pueden llevar seis botellas entre pecho y espalda, porque esto es una muestra de fuerza y vigor ; y ademas ¿ cuántos brindis no puede dirigir un hombre á su querida con seis botellas? ¡Oh amigo! Las botellas son las que han sustituido á la antigua caballería , las que han reemplazado á las justas y torneos , te lo aseguro, conde, como soy soldado.

—Temo que mi dulcinea sea una excepcion de la regla ; porque me ha reñido

por haber cenado con Saint John hace tres noches y....

— ¡Saint John! interrumpió Fielding cortándome la palabra cuando iba á decir una agudeza , Saint John, famoso personaje ¡eh! por Cristo hemos de brindar á su administracion , tú con chocolate, yo con vino de Madera. ¡O'Carroll, O'Carroll, perro, ¿dónde estás? ¡O'Carroll! estúpido, bribon.

—El mismo, señor, dijo el lacayo de la casaca color de naranja asomando á la puerta su escuálido semblante.

—Sí, el mismo ciertamente, esqueleto ambulante: ¿Por qué no engordas? No parece si no que te doy mal trato: tu estómago es para tu cuerpo lo que los malos ministros son para el pueblo: todo lo devora él solo sin enviar sustancia alguna á los miembros del cuerpo. Mirame á mí, gran tunante, ¿estoy yo flaco? Anda y

engorda ó sino te despido: por Cristo ¡ si el sol pasa á través de tu cuerpo como por un vaso de vino vacío!

—¿Son vuestras liberalidades las que me han de hacer engordar, señor? Preguntó Mr. O'Carroll con aire de deferencia.

—Por mi vida, eres el bribon mas desvergonzado que yo he visto, gritó Mr. Fielding arrugando el ceño y dando una patada en el suelo.

—¿Por qué? ¿Porque hablo de vuestras liberalidades? Eso no es nada, señor, nada absolutamente; eso no vale un comino, dijo el criado con la mayor inocencia.

—Marcha, bribon, dijo Mr. Fielding; vé al café de Salop y tráenos una botella de vino de Madera, una tostada y una taza de chocolate.

—Si señor, voy volando, dijo el criado y desapareció.

—Es un zote, dijo Mr. Fielding, pero

honrado y fiel, y me ama como los santos aman á Dios : el cariño es lo que le hace tener ciertas familiaridades.

—Al llegar aquí Mr. Fielding, se abrió la puerta y apareció otra vez el agudo rostro de Mr. O'Carroll.

—¿Qué hay galopin? exclamó su amo.

Mr. O'Carroll sin responder una palabra hizo una especie de seña grotesca entre guiño y cabeceo. Mr. Fielding se levantó murmurando una maldición, y su criado le dijo unas palabras al oído.— ¡ Por Cristo , gritó al parecer furioso, ¡ y todavía no has cobrado la letra, habiéndotelo encargado dos veces ayer tarde! ¿ No tengo mis deudas de honor que pagar, y no sabes que gasté ayer en un baston la última guinea que me quedaba? Vé inmediatamente á la City (1) y tráeme el cambio.

(1) Barrio donde viven los mas opulentos comerciantes.

El criado volvió á hablarle al oído.

—¡ Ah! respondió Fielding, sí, tienes razon; está muy lejos y tal vez el conde no podrá esperarse hasta que vuelvas. Amigo mio, añadió volviéndose á mí ¿no es fatalidad? no tengo cambio y este negocio no ha cobrado una letrilla que le dí de unas mil libras contra los señores Child. Ese maldito Salop no fia ni aun á los príncipes, es su costumbre. En fin ¿no tienes ahí una guinea?

¿Qué podré decir? Mi guinea fué á unirse con la de Tarleton, y á hacer una visita á aquel bolsillo de donde ningun viajero de su especie habia vuelto.

—Desapareció otra vez Mr. O'Carroll y volvió en seguida con el vino y el chocolate. Mister Fielding estuvo animadísimo; recitó sus poesías, ponderó sus conquistas, prometió visitarme al dia siguiente ó al otro y me aseguró con un redon-

do juramento, que la primera vez que tuviese el honor de volverme á ver, me haría beber una botella de Madera exactamente de la misma especie.

La noche del mismo dia en que hice esta visita al temible Mr. Fielding, volviendo de un baile dado en casa de lady Hasselton, entré en mi antesala con tanto silencio que no fui notado ni aun del mismo Mr. Desmarais, á pesar de ser tan listo y despierto de sentidos. Estaba Desmarais sentado junto al fuego, apoyada la cabeza en las manos é intensamente fijos los ojos en un gran libro en folio. Muchas veces habia notado en él cierta inclinacion á la literatura, y todas las horas en que yo no le ocupaba las pasaba con los libros. Aquella noche cuando le contemplaba en silencio tan atento á su lectura, experimenté una fuerte curiosidad de saber de qué naturaleza

eran sus estudios ; y tan disgustado estaba de las frivolidades de la reunion de que salia , que al mirar las facciones de aquel hombre iluminadas por la solitaria luz del aposento , y en las cuales se veia pintada la expresion que dan la aplicacion, la soledad , la quietud y la comodidad, recordando el contraste que aquella escena formaba con el brillante espectáculo de que acababa de salir , brillante con el oropel de cansadas y molestas frivolidades, se apoderó de mi pecho una sensacion de envidia acompañada de cierta especie de humillacion al comparar los pasados tiempos de mi dependiente con los míos. Soy generalmente orgulloso ; pero nunca he tenido orgullo con mis inferiores ni puedo imaginar que le haya donde no hay competencia. Acerquéme á Desmarais y le dije en francés.

—¿Qué es esto? ¿ Por qué no os apro-

vechais de mi ausencia como los demas criados para divertirlos con vuestros ordinarios juegos? Muy molesta os debe ser su compañía sino tiene mas atractivos para vos que los que puede tener ese colossal engendro de la prensa.

—Perdonadme, señor, dijo Desmarais respetuosamente y cerrando su libro, perdonadme, no he advertido que estabais ya de vuelta ¿Quiére el señor quitarse la capa?

—No, cerrad la puerta, acercadme aquí ese sillón de ruedas y veamos qué libro es ese que estabais leyendo.

—Temo que os disguste la lectura en que estaba ocupado, dijo Desmarais obedeciendo las dos primeras órdenes y resistiéndose un tanto á ejecutar la tercera: confieso que esta clase de lecturas no es muy compatible con mi estado.

—¡Ah! será algun novelon, la *Clelia*



tal vez; á ver, traédmela, es decir, si podeis vos solo con ella.

—Esta nueva órden obligó á Desmarais á presentarme el libro, lo que hizo con aire modesto. Júzguese de mi sorpresa cuando ví que era un tomo de Leibnitz, filósofo entonces muy en boga, porque podia uno hablar de él con toda seguridad sin haberle leído (1). No obstante mi admiracion, no pude menos de sonreirme al dirigir la vista desde el libro al lector. Es imposible concebir un aspecto menos filosófico que el de Juan Desmarais. Su peluca estaba tan rigurosa y perfectamente peinada que no se desmandaba ni un solo cabello; su traje no era exajerado en la elegancia, pues no recuerdo entre los criados ni entre los amos, haber visto

(1) Esta es sin duda la razon por que hay tantos discipulos de Kant en nuestros dias.

una persona de tan delicado gusto como Desmarais; pero denotaba en todas sus partes que el que lo llevaba poseia perfectamente el arte del tocador. En sus lábios moraba una perpétua sonrisa, que algunas veces llegaba hasta el sarcasmo; pero este era el único cambio que experimentaba. Un aire irresistible de presuncion daba cierta originalidad á sus largas y marcadas facciones, á sus ojos pequeños y vivos y á sus mejillas marchitas, sobre las cuales se advertia cierto color delicado y sonrosado que excitaba sospechas respecto á su naturalidad. Era pues Desmarais un hombre hecho y derecho para criado; pero en mi humilde opinion muy poco á propósito en la apariencia para estudiar á Leibnitz.

—¿Y cuál, dije despues de una corta pausa, cuál es vuestra opinion sobre este filósofo? Tengo entendido que acaba de

escribir una obra (1) superior á toda alabanza y á toda comprension.

—Verdad es, señor, que ni él mismo la entiende, porque no sabe las falsas consecuencias que podrán sacarse de sus premisas; pero perdonad, señor, no quiero ser fastidioso ni entremetido.

—Nada, nada, hablad y con extension. ¿Segun eso creéis que Leibnitz hace cuerdas, y que de ellas harán otros escalas, ó lo que es lo mismo, que se exagerarán las consecuencias de sus premisas?

—Exactamente, dijo Desmarais; todos sus argumentos tienden á poner de manifesto una gran verdad filosófica, la necesidad. Nosotros somos hechura é instrumento del destino y su eterna cadena así obliga al poder creador como á las cosas creadas.

—¡Hola! dije yo, que aunque poco

(1) La Teodicea.

versado entonces en estas sutilezas metafísicas, habia oido á Saint John muchas veces hablar de la singular doctrina á que Desmarais aludia: así pues ¿vos creéis en el fatalismo de Espinosa?

—No señor, dijo Desmarais con sonrisa complaciente; tengo un sistema propiamente mio; está compuesto de los pensamiento de otros pero enlazado con mis pensamientos.

—Perfectamente, dije sonriéndome al ver el aire de presuncion de mi criado; ¿y cuál es vuestro principal dogma?

—Nuestra absoluta impotencia.

—¡Magnífico! ¿quereis decir que no tenemos libre albedrío?

—Eso mismo.

—Entonces negais la existencia del vicio y de la virtud, y segun vuestra opinion si pecamos ó hacemos buenas obras no es por nuestra propia voluntad, sino por-

que á ello estamos predestinados y somos compelidos.

Desmarais se sonrió con aquella horrible sonrisa en que como he dicho se convertia á veces la que habitualmente vagaba por sus lábios.

—Vuestra penetracion, señor, es admirable, contestó; ¿pero no quereis que os prepare el caldo?

—No, respondedme sin omitir nada y decidme qué diferencia hallais entre el bien y el mal, si á uno y á otro nos vemos arrastrados por la necesidad.

Desmarais tosió, y empezó su explicacion. A pesar de su cautela, el tuno gustaba de oirse á sí propio y pronunció un discurso en los siguientes términos.

—La libertad es cosa imposible. ¿Podeis ejecutar una sola accion, por sencilla que sea, independiente de vuestra organizacion, independiente de la organizacon

de los demas , independiente del órden de las cosas pasadas , independiente del órden de las cosas venideras? No podeis. Pero si no sois independiente , sois dependiente ; y si sois dependiente ¿ dónde está vuestra libertad , dónde vuestro libre albedrio? La educacion dispone de nuestros caracteres: ¿podeis dirigir vuestra educacion , que empieza desde la cuna? No podeis. Nuestro carácter unido á la conducta de los demas dispone de nuestra felicidad , de nuestra desventura , de nuestros crímenes ó de nuestras virtudes. ¿Podeis dirigir á vuestro arbitrio vuestro carácter? Ya habeis visto que no. ¿Podeis dirigir la conducta de otros , de otros á quienes tal vez nunca habeis visto , pero que os pueden arruinar con una palabra , por ejemplo , un déspota ó un conquistador? No podeis. ¿Qué se deduce de aquí? Que si no podemos elegir nuestro carac-

ter ni nuestro destino , tampoco debemos ser responsables de uno ni de otro. Si sois bueno , sois venturoso , pero no mereceis elogio por aquello á que no contribuis: si sois malo , sois desgraciado , pero no mereceis censura por lo que no podeis evitar (1).

—Así , pues , sapientísimo Desmarais , segun vuestra opinion , si me hurtais del sombrero esta presilla de diamantes no os debo llamar ladron sino desgraciado , y no mereceis mi cólera sino mi simpatía.

—Exactamente; pero podeis ahorcarme por haber tenido esa desgracia. No os es posible dirigir los acontecimientos , pero está en vuestra mano modificar al hombre. La educacion , la ley , la adversidad , la fortuna , el castigo , el premio , le

(1) Cualesquiera que fuesen las pretensiones de Monsieur Desmarais á la originalidad , este tegido de opiniones es tan antiguo como la filosofia misma.

modifican sin que él tenga parte en esto y á veces sin que lo note. Pero una vez reconocida la necesidad, las malas pasiones cesan: podeis castigar, podeis destruir á los hombres si así lo exigen la seguridad y el bien del Estado; pero los motivos que os impulsan á ello dejan entonces de ser privados, y no podeis odiar personalmente á un hombre porque cometa acciones á cuya ejecucion se ha visto irresistiblemente arrastrado.

Conocí que por mas que me disgustasen tales ideas, no era cosa de que el amo se pusiese á disputar sobre ellas con el criado, especialmente teniendo alguna probabilidad de quedar vencido en la disputa. Por tanto dejándome llevar de un repentino ataque de sueño, corté la conversacion. Sin embargo, antes de dormirme resolví interiormente aprovechar la primera oportunidad de deshacerme



de un criado que no hallaba mas diferencia entre el bien ó el mal que la fortuna ó la desgracia, y que por un irresistible impulso de la necesidad podia un dia ú otro tener la involuntaria desventura de cortar la cabeza á su amo.

Pero no llevé á efecto esta resolucion antifilosófica ; porque el bribon de Desmarais , sospechando sin duda la especie de impresion que su discurso habia hecho en mí , redobló con tanto celo sus esfuerzos para agradarme , que no pude determinarme á dejar semejante tesoro no habiendo ningun indicio de que tratase de reducir á práctica sus teorías ; ademas estaba tan acostumbrado á reirme de mi Sosía (1) que no creia pudiese haber razon para temerle.

(1) Criado en las comedias de Plauto.

## CAPITULO IX.

*Un genio universal.—Pericles convertido en barbero.—Nombres de beldades que vivieron en 171....—Los brindis del club de Kit-Cat.*

Un dia que paseaba á caballo con Tarleton á las inmediaciones de Chelsea, me preguntó mi amigo si habia visto al célebre Mr. Salter.—No, le contesté, pero he oido á Steele hablar de él la otra noche en Wills. ¿No es anticuario y al mismo tiempo barbero?

—En efecto, es un numismático rapista, un ente cómico y original que tiene las extravagancias suficientes para compensar la de humillarse hasta el punto de visitar á un hombre de su esfera.

—Vamos, pues, á su casa, dije sacando mi caballo al galope.

—*Quod petis hic est*, exclamó Tarleton, aquí vive, y mi compañero me señaló un café.

—¡Cómo! dije: ¿saca vino ademas de sacar muelas?

—Seguramente, Mr. Salter es un genio universal. Echemos pie á tierra.

Dejando los caballos al cuidado de nuestros lacayos, entramos en el sitio mas extraño que hasta entonces habia yo tenido la dicha de ver. Era un salon de café largo y estrecho, lleno de una multitud de cosas, á las cuales por no pertenecer ni al cielo, ni á la tierra, ni al agua, podia Mr. Salter haber rendido culto sin incurrir en el crimen de idolatría. Lo primero que saludaron mis ojos fué una cabeza de toro con dos inmensas alas de buitre en el cuello: mientras la

estaba mirando, sentí que mi sombrero tocaba en algún objeto extraño. Levanté la vista y descubrí un disforme cocodrilo balanceándose colgado del techo y fijando en mí dos monstruosos ojos de cristal. Una cosa que al principio me pareció un gigantesco zapato, al acercarme presentó á mi vista las formas de una canoa india, y cerca de ella estaba un horrible espectro de acartonada piel y lustrosos dientes, y del cual colgaba una targeta que decía: «hermoso tipo de un tártaro calmuco.»

Mientras parado en medio del café observaba todas estas maravillas, llegóse á mí un hombrecillo flaco y estenuado como un avaro, y me dijo restregándose las manos:

—Es admirable, caballero, ¿no es verdad?

—Admirable, ciertamente, Mister Sal-

ter, repuso Tarleton: pareceis un Adan chino rodeado de una creacion japonesa.

—Ji, ji, ji, caballero Tarleton, qué cosas teneis, dijo el hombrecillo con voz aguda y chillona; pero todo eso es obra de un solo hombre; todas estas preciosidades las he reunido yo sola y simplemente.

—Simplemente en efecto, dijo Tarleton: ¿y cómo vamos de violin?

—Perfectamente, caballero, perfectamente: ¿quereis que os toque un concierto?

--No, no, querido Mister Salter, otra vez.

—Vaya, vaya, repuso el anticuario; permitidme, señores, festejar vuestra llegada como es justo.

Y con esto desapareció y volvió de allí á poco con un viejo y cascado violin. Dando entonces á su ténue semblante una expresion de arrobamiento, dió tres ó

cuatro golpes de arco preliminares, que me hicieron aguzar los dientes de una manera asombrosa, y obligaron á Tarleton á ponerse las manos en los oídos. Tres sobrios ciudadanos, que acababan de sentarse con el objeto de fumar sus pipas y leer su periódico, se pusieron en pie y empezaron á moverse como otras tantas figuras de un reloj de música; pero no bien Mr. Salter con un aire *dégagé* de graciosa melancolía, comenzó lo que se había complacido en llamar un concierto, se apoderó de todo el auditorio una especie de irritación de nervios universal. A la primera *overtura*, los tres ciudadanos prorumpieron en juramentos y maldiciones; al llegar á la segunda parte del concierto, tomaron sus sombreros, y al empezar la tercera desaparecieron; yo experimentaba un cosquilleo en los extremos como si estuviera bailando el baile de San

Vito; los mismos mozos del café se retiraron espantados, y hasta el cocodrilo daba vueltas alrededor de la cuerda de que estaba pendiente, como si reviviese con tan poderosa excitacion del sistema nervioso. Creo en efecto que todo el museo, toro, alas, canoa india y tártaro calmuco, habria sido puesto en movimiento por aquel nuevo Orfeo, si Tarleton en un parasismo de rabia no le hubiera cogido por el faldon de la casaca haciéndole dar con violin y todo una vuelta con tanta velocidad, que el pobre músico perdió el equilibrio, y cayendo sobre un monton de monstruos chinos, vino con todo al suelo, donde quedó cubierto de los desgraciados á quienes habia arrastrado en su caída, chillando, revolcándose y arañando su violin, el cual, tocado involuntariamente con sus dedos, despedia de cuando en cuando un lúgubre

quejido como para simpatizar con la desgracia que habia causado. Al fin entró corriendo un mozo, y levantando al desdichado anticuario, le colocó en un sillón.

—¡ Oh Dios mio! gritó Mr. Salter llorando, ¡ oh Dios mio! mis monstruos, mis monstruos, la pagoda, el mandarin y el ídolo, ¿ dónde están? Rotos, hechos añicos, aniquilados.

—No señor, todo se ha salvado, dijo el mozo, muchacho pequeño, vivo y descarado; ponedlos sin embargo á la cuenta, señor. ¿ Quién ha causado el daño? ¿ El regidor Alkins ó Mr. Higgins?

—Bah, dijo Tarleton, tráeme un vaso de limonada. Envía la pagoda al maestro de obras, el mandarin al cirujano, y el ídolo al obispo de Londres: ahí vá una guinea para pagar la conduccion. ¿ Cómo os sentís Maese Salter?



—¡Oh Mister Tarleton, Mister Tarleton! ¡Cómo habeis sido tan cruel!

—La naturaleza de las cosas así lo exigia, amigo mio. ¿No os llamé un Adan chino? ¿Y cómo habiais de llevar el nombre sin experimentar la caída?

—¡Oh señor! esta no es cosa de chanza, me habeis roto la balaustrada de la pagoda, estropeado el brazo y cascado el violin, me habeis dejado en la calle; esta no es cosa de chanza.

—Vamos, Mister Salter, dije yo, todo eso es cierto; pero ¡qué diablos! alegraos. Los dioses, dice Séneca, miran con placer á los grandes hombres que caen con sus iguales, con los templos y con las divinidades de su país; y así no pueden menos de seros propicios, pues que el mandarin, la pagoda y el ídolo os han acompañado en vuestra caída. Saednos una botella del mejor vino, y hacednos el

honor de acompañarnos á beberla.

—No, conde, no, dijo Tarleton con altivez, nosotros no podemos beber con Maese Salter; le pagaremos su vino y él se lo beberá. Entre tanto, Maese Salter, contadnos por qué combinacion de circunstancias habeis llegado á ser violinista, barbero, disector y anticuario.

Mister Salter quería á su violin mas que á las niñas de sus ojos; pero despues de tocar el violin, lo que mas le gustaba era hablar. Así satisfecho con el dinero que le dimos por su pagoda, y fortalecido con un vaso ó dos de su propio vino, accedió al deseo de Tarleton, y nos contó su historia. Creo que la narracion era entretenida para el buen barbero; pero Tarleton y yo nada de extraordinario encontramos en ella, y mucho antes que la acabase nos despedimos de él, deseándole una nueva raza de monstruos chinos.

Aquella tarde comí en el club de Kit-Cat, pues aunque era opuesto á las ideas políticas de sus individuos, me admitian por mis pretensiones literarias. Allí encontré á lord Halifax, y recomendé al poeta á su proteccion. Reinó entre nosotros la mayor alegría, y Halifax nos propuso tres nuevos brindis. ¡ Oh Venus! ¡ Cuántas bellezas proclamamos, y cuántas opiniones destruimos! No habia un sínodo de mas autoridad para el sexo femenino que el que componian los personajes del club de Kit-Cat. Pero ¡ ah! escribo para los hombres de otro siglo, para quienes los mismos nombres de las bellezas que hacian hervir la sangre en las venas de sus antepasados serán tal vez desconocidos. ¿Qué rostro se ruborizará al oír el nombre de Carlisle? ¿Qué mano temblará al tocar un papel en que esté escrito el de Brudenel? La graciosa Go-

dolphin, la viva y encantadora Harper, la divina voz de Claverina, la gentil y ruborosa Bridgewater, la damasquina faz y los labios de rubí de la Hebe Manchester, ¿qué serán para la generacion que ha de leer estas páginas? Extraña union de contrastes tiene esta historia. Como el árbol del sol descrito por Marco Polo, que era verde mirado por un lado, y blanco mirado por el otro, así mi narracion se presenta á mi vista con los verdores de la época actual, y se presentará al lector con la vaguedad y palidez del tiempo pasado.

## CAPITULO X.

*Diálogo de sentimiento seguido de la pintura del carácter de un hombre, á cuyos ojos el sentimiento era para las personas ilustradas lo que la religion es para los necios, es decir, objeto de ridiculo.*

Saint John se hallaba ya en el poder habiendo logrado plenamente el objeto de su grande ambicion é incesantes proyectos. Yo le veia siempre que el alto destino que ocupaba en el Estado y el cúmulo de negocios de que por consiguiente se hallaba abrumado me permitian verle, á mí á quien la religion prohibia abrazar con calor ningun bando político, y que á pesar de ser inclinado al partido tory me reunia con igual gusto con los hombres de todos los partidos. Saint John y

yo nos profesábamos mutua amistad, amistad que ninguna clase de vicisitudes pudo destruir, y que todavía dura á la hora en que escribo estas líneas, fortalecida y consolidada por el tiempo.

Una tarde me envió á decir que estaría solo y que podia ir á cenar con él. Presentéme en su casa y le encontré paseando de un lado á otro del cuarto con desiguales y rápidos pasos y pintada en su rostro una expresion de gozo y de triunfo muy rara en él, que generalmente tenia un aspecto sério y pensativo.

—Dadme la enhorabuena, Devereux, dijo apretándome cordialmente la mano.

—¿ De qué?

—¡ Ah ! olvidaba que no sois hombre político y que por consiguiente no podeis tener una idea de cuán venturoso es para uno el momento en que alcanza una pequeña victoria. Pero si yo

fuese primer ministro de este país ¿qué diriais?

—Diría que nadie mejor que vos puede desempeñar tan elevado cargo ; pero tened presente que Harley está de por medio.

—Ese es el ítem de la dificultad, dijo Saint John lentamente, y la expresión de su rostro se convirtió de gozosa en meditabunda ; pero esta no es materia de que os guste hablar ; pasemos á otra. Y arrojándose en una silla, aquel hombre singular que se gloriaba de poder seguir con cualquiera una conversacion adecuada á sus gustos é inclinaciones, me empezó á hablar de las cosas indiferentes del día : pronto se apuró el asunto y al fin entramos en el capítulo del amor y de las mujeres.

—Confieso, dije, que en este punto el placer no solo me ha dado chasco sino

que me causa hastío. He suspirado por un objeto mas digno de amor que la caprichosa dama que estaba en moda ó que las innobles mujeres que venden sus favores. He buscado un desahogo para el entusiasmo, para la devocion, para la imaginacion novelesca, para mil sutiles y secretos manantiales de inexplicables sensaciones. Muchas veces he pensado que abrigaba el deseo y tenia dentro de mí el sentimiento de la poesía, aunque me faltase la facultad de expresarlo; y que este deseo y este sentimiento, no teniendo salida legítima y natural, se reconcentraban y fundian en una pasion que todo lo absorve, la necesidad de amar. ¿Dónde he de satisfacer esta necesidad? Examino esos grandes círculos de bulliciosa alegría que se llaman mundo; envio mi corazon como un viajero á recorrer sus regiones y sus lugares mas recónditos, y este corazon



vuelve cansado, fatigado y pálido sin haber encontrado nada.

—Manifestais una necesidad comun á todos en los términos mas poéticos y menos positivos que es posible, dijo Saint John. Esa es una necesidad que yo mismo he experimentado y que si no la hubiera sentido, tal vez nunca me habria entregado exclusivamente á la ambicion para que me consolase. Pero no os lisonjéis de que esa necesidad pueda ser jamás satisfecha. La naturaleza nos deja solos en este mundo inhospitalario, y no hay corazon vaciado en el mismo molde que el nuestro. Anhelamos simpatía; nos creamos bellezas ideales en quienes esperamos hallarla, pero esta creacion no tiene nada de realidad, es fantasma de la imaginacion que el alma adora y porque la fantasma no puede existir físicamente, el alma se desespera. Desde que nacemos

hasta que morimos no son las cosas positivas y vivientes las que demandamos, lo que pedimos es la realizacion de la idea que nuestra imaginacion ha formado y á la cual, como no somos dioses, no podemos dar existencia. Estamos enamorados de la estátua que nosotros mismos hemos hecho, pero esta estátua ni se anima con nuestros homenajes, ni cobra sentimiento con nuestros abrazos como la del escultor de Chipre.

—Os creo, dije, pero es amargo el desengaño. El corazon es el mas crédulo de todos los fanáticos, y su pasion dominante la mas duradera de las supersticiones. ¡Oh! ¿quién puede arrancar de nosotros completamente la esperanza, el deseo, el anhelo de encontrar un pecho en que se refleje el nuestro? He leído que en la misma hora y en el mismo instante en que nacemos, nace tambien un ser

exactamente semejante á nosotros en espíritu y forma, y que una simpatía secreta é inexplicable conserva esta semejanza hasta que los dos seres al mismo tiempo se resuelven de nuevo en los elementos de la tierra. Confesad que esta opinion, aunque infundada, es halagüeña para la fantasía, y que son pocos los honores y glorias del mundo á que no renunciaríamos, por poseer esta sombra de nosotros mismos.

—¡Ah! exclamó Saint John, la posesion, como todas las felicidades de la tierra, lleva consigo un principio de disolucion: el mayor enemigo del amor no es la inconstancia, ni la desgracia, ni los celos, ni la ira, ni ninguna cosa que dependa de las pasiones ó emane de la suerte: el mayor enemigo del amor es la costumbre. Con la costumbre mueren todas las ilusiones y desaparecen los misterios que las

rodean ; la poesía de que su hermosura depende va perdiendo poco á poco sus hojas, que se marchitan y caen hasta no dejar mas que un tronco desnudo y áspero. Toda pasión requiere algo de inexplicable, de vago, algun secreto que explorar, alguna maravilla que descubrir, algun velo detras del cual se oculte la deidad mental así como la corporal. La costumbre nada deja á la imaginacion, y comunmente deja poco al respeto. Todo el carácter de la persona se presenta entonces desnudo y al descubierto como una llanura inmensa, cuya perspectiva, igual por todos lados, cansa los ojos del corazon. Y al cansancio sucede el disgusto, y al disgusto una de las infinitas formas que toma ese Proteo que se llama antipatía : así con la pasión, cuyo objeto considerábamos antes como el mas rico tesoro, viene á suceder lo que dice el

mas comun de los proverbios: «La mucha familiaridad es causa de menosprecio.»

—¿Y hemos de abandonar para siempre nuestro sueño mas delicioso? dije yo. ¿Hemos de considerar al amor como ilusion irrealizable y resignarnos á vivir en eterna soledad de corazon? ¿Qué podrá satisfacer entonces la sed ardiente é inextinguible de nuestras almas? ¿Qué será de aquellos grandes manantiales de ternura, que sin salida en la tierra, deben abrirse un conducto en otra direccion ó permanecer estancados y muertos?

—Nuestras pasiones, dijo Saint John, son incansables y hacen todos los esfuerzos posibles para obtener satisfaccion, aunque el resultado de ellos sea siempre vano. Desengañadas en cuanto al amor, dirigirán á la ambicion su impulso, y como nunca llegamos á poseer completa-

mente el objeto de la ambicion , lo cual no sucede con el amor , la ambicion es la pasion mas duradera de estas dos. Pero tarde ó temprano todas las pasiones se calman ; y cuando cansados de darlas demasiado vuelo, acertamos sus escursiones, y mirando alrededor nuestro, descubrimos los estrechos límites que no nos conviene traspasar , nos consolamos de la pérdida del entusiasmo con el sosiego y tranquilidad que disfrutamos , y entonces la experiencia, al principio tan amarga , viene á ser nuestra bienhechora y la fuente de nuestro contento. Porque no es la naturaleza , sino el exceso de nuestras pasiones lo que perece. Las pasiones son como los árboles que rodeaban la tumba de Protesilao , los cuales florecian hasta que llegaban á cierta altura y en llegando se secaban.

Antes de que yo pudiera responder

fué interumpida completamente nuestra conversacion por aquella noche. Abrióse la puerta y un hombre, dando al criado un empellon con aspereza, pero con cierto aire de dignidad, entró en el gabinete sin ser anunciado y sin la menor ceremonia.

—¿Cómo va, Mister Saint John? dijo, ¿cómo vá? Magnífico dia hemos tenido. Celebro encontraros en casa, es decir, si teneis ostras asadas y vino de Champaña que darne para cenar.

—¡Y cómo si las tengo! doctor, contestó Saint John dando á su semblante, poco antes pensativo, una expresion de desembarazo y un tanto brusca familiaridad; os las daré con mucho gusto; pero sobre todo celebro que os hayais convertido al Champaña: la otra noche os la llevasteis toda en predicar contra este espirituoso licor.

—¡Psé! me habia hecho daño el dia

antes y, como los presidiarios de Old-Bailey, predicaba arrepentimiento á los demas, no por desseo de su bien, sino excitado por el dolor que me causaba mi propia desgracia. ¿Pero dónde habeis comido hoy? ¿en casa? ¡Oh diablo! estoy muerto de hambre: he comido en casa del duque de Ormond donde no hay mas que tres entradas.

—¡Hola! ¿Estaba allí Matt? (1).

—Sí; por cierto que me ha costado el dinero, pues he tenido que prestarle un chelin para una silla de manos. Este diablo de tiempo me tiene de costa siete chelines á la semana para coches, sin contar con que pago los viajes de todos mis pobres hermanos, los curas de Irlanda que

(1) Mateo Prior, poeta, cortesano y diplomático. En 1714 sucedió á lord Bolingbroke en la embajada de París. Destituído despues, fué preso por órden del parlamento y estuvo en la cárcel dos años. Murió en 1731 (N. del T.)



vienen á solicitar mi patrocinio para que se les confieran obispados, y entretanto hacen que les preste media corona. Pero Matt Prior me pagará, supongo, aunque sea del dinero público.

—Seguramente, si Cloe no le arruina antes.

—Lleve el diablo la fregona: no me habéis de ella. ¡Pero cómo se burla Prior de su empleo (1)! Dice que el trabajo mata el ingenio y que ya no puede encontrar mas consonantes que para factura, rótulos, guías, certificaciones, y registros.

—¡Ha, ha! Ya le daremos otra cosa mejor: le haremos embajador ú obispo. Pero perdonadme, conde, todavía no os he presentado al cura mas obsequiado, mas dominante, mas impertinente, de mas agudo ingenio, de mas independen-

(1) En las aduanas.

cia, altivez, amenidad y travesura de nuestro siglo: ofreced vuestros respetos al doctor Swift. Doctor, reclamo vuestras bondades para mi amigo íntimo el conde Devereux.

El doctor Swift se levantó con un ademán que contrastaba singularmente con los que hasta entonces habia yo en él advertido, y me saludó con cierta dignidad que casi podia llamarse cortesana, y que seguramente denotaba que cualesquiera que fuesen sus maneras ordinarias, su aire de negligencia y su semi rudeza, se habia aprovechado lo bastante de sus relaciones con los grandes, para igualarlos cuando quería en las gracias exteriores, que se suponen peculiares exclusivamente de las personas de alta clase. Swift era de mediana estatura, bien formado; el contorno de su cuello notablemente fino; su cara, vista de frente, desagrada-

ble, aunque no repugnante; pero la prominencia de sus narices, la curva que formaba el lábio superior, la barba redonda y llena á la romana, las arqueadas cejas y la expresion de resolucion y energia estampada en la ancha frente, y en los ojos de un color azul claro, daban á su perfil el aspecto mas sorprendente que yo he visto.

Honróme con gran sorpresa mia dirigiéndome algunas obsequiosas espresiones y un cumplimento, y despues volviéndose á Saint John, y mirándole de un modo que indicaba lo poco lisonjeras que iban á ser para el ministro las palabras que iba á añadir, continuó:—Y siempre me será grato pensar que debo vuestro conocimiento al señor ministro Saint John, que si hablase menos de óperas y de cantores, si pensase menos en Alcibiades y en Pericles, si nunca se quejara de que

el peso de los negocios no es para su genio, en el mismo momento en que trabaja como un desesperado para tomar dicho peso sobre sus hombros, y si tuviese el arte de persuadir á uno que su sinceridad es tan grande como su genio, parecería en todos tiempos adornado con las dotes mas escogidas que Dios ha dado á las criaturas. Ahora, bien, señor ministro ¿cuándo vienen esas ostras? ¿Habéis traído el propósito de alegraros un poco esta noche, conde?

—Si señor, si hallo quien me dé la absolucion por el Champaña que beba.

—Yo os absolveré con una condicion, que me acompañareis despues á casa para proteger á este pobre cura contra los Mohawks (1). No lo tomeis á broma, la

(1) Especie de *partida del trueno* que en aquellos tiempos recorria por las noches las calles de la capital.

otra noche pasaron de parte á parte la silla de manos del jóven Davenant con una espada, y he oido decir que han jurado abrirme un boquete en mi sotana tory. Ya sabeis que todos son whigs, conde Devereux, es decir, los animales mas sucios y peligrosos que pueden encontrarse. ¡Cómo les aborrezco! cada semana me gasto de cinco á seis peniques en sillas de manos para evitar su encuentro.

—No tengais cuidado, doctor, yo haré que mis criados os acompañen.

—¡Magnífica manera de arreglarlo todo! ese remedio es peor que la enfermedad. No podria dar á vuestros lacayotes menos de una corona por barba, y con la mitad de ese dinero hay para sobornar al mas endiablado Mohawk de todo el reino, si es whig. Pero gracias al cielo que veo puesta la mesa para cenar.

Nos pusimos á cenar en efecto. Las

ostras y el Champaña exaltaron, sino refinaron, el ingenio del doctor. Saint John estuvo brillante como nunca: su alegría escitó la mía y contribuí por mi parte á animar la cena con chistes y agudos dichos. Así pasé aquella noche con los dos hombres mas profundos y extraordinarios de aquel siglo, y con mas contento y familiar franqueza que he tenido nunca, aun en compañía de mis jóvenes y traviesos condiscípulos. Aun entre el grosero mineral de la conversacion de Swift brillaba perpetuamente el diamante; su vulgaridad no era la de un entendimiento ordinario: lástima que mientras condenaba en Saint John la afectacion de prendas y gracias personales, no advirtiese que su propia afectacion de grosería y rudeza era tan indigna de la sencillez de entendimiento, como la de Saint John; y que el odio á la hipocresia, que era la

cualidad mas marcada de su carácter, le inducia á cometer, de una manera todavía mas desagradable y ofensiva, las mismas faltas que censuraba en otros. Esta aversion á la hipocresia (dicho sea de paso) es el mayor y mas constante enemigo de la reputacion de los hombres de alma fuerte y elevada: el carácter de Swift es una prueba de esta verdad. Semejante aversion, verdadero antípoda de la hipocresia, conduce á los hombres, no solo á negar las virtudes que tienen, sino á aparentar los vicios de que carecen. ¡Imprudente artificio de disfrazada vanidad! el mundo ¡ah! los cree fácilmente. Como el justicia Overdo en el traje del pobre Arturo Bradley creen virtud adoptar este disfraz; pero no deben maravillarse si el fingido Arturo, tomado por el verdadero, es apaleado como un vagamundo, y llevado á la cárcel como un criminal.

## CAPITULO XI.

*Lo que pronto se gana pronto se pierde.—*

*Diálogo tan ameno como instructivo.—*

*Visita á sir Godofredo Kneller.*

Una mañana estando Tarleton almorzando conmigo, me dijo:—no he visto al pagecillo que os esperaba siempre en la antesala. ¿Qué diablos ha sido de él?

—Preguntadsele á su ama: riñó conmigo y me retiró sus favores y su mensajero.

—¡Cómo! ¿Habeis reñido con lady Hasselton? ¡Diablo! ¿Y por qué?

—Porque ya no soy aquel guapo muchacho de antes; porque estoy cansado de llevarle la caperuza y el chal, y de permanecer detras de su silla durante cinco eternos actos de una insulsa comedia; por-



que no la saco á bailar en todas las contradanzas; porque no elogio las gracias de su mono, y porque rompí el otro dia una tetera con tapa de figura de sapo.

—¿Y eso os parece poco? exclamó Tarleton. ¡Cielos qué negro catálogo de ofensas! una sola de ellas habria sido suficiente para que Mistress Merton me despidiese con cajas destempladas. Sin embargo, vuestra narracion me ha hecho volver de mi sorpresa: el otro dia la oí elogiaros mucho y no sabia á qué atribuirlo, pues cuando os amaba hablaba de vos malísimamente.

—¡Ha, ha, ha! ¿Y qué dijo en mi favor?

—Que erais muy galan, aunque de poca estatura; que teniais mucho ingenio si bien tan oculto que nadie podia descubrirlo, y que no os faltaban las maneras que caracterizan á las personas de alto

nacimiento, á pesar de que nunca os presentabais ni con mucho, tan elegante como el gallardo Tippetly. Pero aquí para entre los dos, Devereux, creo que os aborrece, y que os ha de dar una muestra de su despecho (no digo venganza, porque es palabra demasiado fuerte) si encuentra ocasion para ello.

—Bien lo creo, amigo Tarleton; pero el amante de una coqueta siempre está en guardia, y puedo aseguraros que no me cojerá desapercibido.

—Así sea. Pero decidme, Devereux, ¿quién vá á suceder á lady Hasselton, Mistress Denton ó lady Clancathcart? Unos dicen que obsequiai; á la primera, y otros suponen que habeis hecho la conquista de la segunda.

—Conquistas son esas que no me darían mucha gloria; por eso tienen los amigos la generosidad de suponerlas. Sin em-

bargo, os prometo, Tarleton, que no opondré obstáculo ninguno á vuestras pretensiones ni con Mistress Denton ni con lady Clancathcart.

— Sí, dijo Tarleton, ya sé que sois todo un Escipion; pero vos mismo, no obstante vuestro carácter burlesco, no podreis menos de confesar que lady Clancathcart tiene un conjunto de facciones hermosísimo.

— Su rostro es bello ¿pero y el cuerpo? Su retrato sería magnífico si pudiese ser pintada como la diosa Laverna (1), es decir, sin cuerpo y con cabeza solamente.

— ¡Ha, ha, ha! Teneis muy mala lengua, conde; ¿pero y Mistress Denton? ¿Qué se os ocurre decir contra ella?

(1) Laverna, diosa de los ladrones y usureros. Los primeros romanos la adoraban en un bosque sagrado donde ocultaban el botín. Su imagen era un cuerpo sin cabeza ó una cabeza sin cuerpo. (N. del T.)

—Nada: no tiene pretensiones y por consiguiente no puedo oponerme á ellas. Con sus ojos verdosos, su voz chillona, su pasito corto y sus largos pies ¿qué amigo suyo no le aconsejará una prudente oscuridad?

—Solo un amante ha tenido en este mundo, dijo Tarleton, y ese era viejo, ciego, cojo y pobre. Le aceptó y por eso se llama *Mistress Denton*.

—Sí, dije yo, es como la piedra magnética que ha recibido el nombre de la primera persona (1) que descubrió su atracción.

—En vuestras agudezas mezclais un veneno de vívora; pero debo confesar que raras veces os he visto zaherir á las mujeres individualmente; siempre habeis hablado de ellas en general. ¿Qué motivo teneis ahora para faltar á esa costumbre?

(1) *Magnes*.

—En primer lugar estoy irritado contra las mujeres colectivamente, por eso mi cólera aprovecha cualquiera ocasion de desahogarse; y en segundo lugar tanto Mistress Denton como lady Clancathcart, me han tratado con grosería; así el despecho aumenta el veneno de mi mal humor.

—Acepto la última razon, dijo Tarleton; pero la primera me sorprende. Yo desprecio á las mujeres; siempre las he despreciado; pero vos hace un mes erais su mas entusiasta paladin. ¿En qué consiste este cambio, señor Amadís?

—¡El desengaño, amigo mio, el desengaño! las mujeres me cansan, me disgustan, son tan impertinentes, tan frívolas, tan necias, tan sin corazon; quitad allá, es una desgracia que á uno le amen.

—¡Justo cielo qué sensacion van á causar las nuevas de vuestro aborrecimiento

á las mujeres! Vos, el jóven, alegre y rico conde Devereux, cuyo ingenio, viveza y esplendor, tanto en presencia como en trenes y trajes, han ofuscado en poco tiempo á los galanes de mas bien sentada reputacion; vos que habeis hecho gastar tanto papel en dedicatorias, odas y billetes amorosos; vos que habeis excitado la envidia mas universal que hombre alguno ha producido desde que Saint John se dió á la política; ¡vos zaherís ahora á ese divino sexo que os hizo todo lo que sois! Huid de aquí, miserable apóstata, ó temed la suerte de Orfeo (1).

—Si seguís en ese tono, Tarleton, voy á hablaros de plebeyos y canalla.

—¡*Sacre!* Ya tengo los dientes aguzados: ¡Oh vil canalla y qué repugnancia

(1) Sabido es que segun la fábula, Orfeo, insensible al amor despues de la pérdida de Eurídice, su esposa, fué en castigo despedazado por las Bacantes.

me inspiras ! Pero Devereux , chanzas aparte , confieso que ahora os quiero doble por esa aversion que mostrais. Yo desprecio altamente al bello sexo ; verdad es que hablando en confianza , hay pocos seres en el mundo á quienes no desprecie. La naturaleza humana me parece el mas miserable lio de andrajos y desperdicios que los dioses arrojaron del cielo como se arrojan los escombros y el cascote.

—Magnífico retrato de vuestra especie , dije yo.

—Y por Dios que se le parece. El desprecio es mi deleite y no daría el privilegio de despreciar por todos los objetos que causan la admiracion de los necios. ¿No sabeis lo que sobre esto dice Persio?

*Hoc ridere meum tam nil , nulla tibi vendo Iliade.*

—Y sin embargo , Tarleton , el deleite que se tiene en contemplar la pequeñez

de los demas es el mas vil y mezquino de todos. Nada hay tan despreciable como la costumbre de despreciarlo todo.

—Perdonad , contestó el altivo aristócrata , no apuremos tanto la materia ; dejadme con mi gusto sin sutilizar acerca de él. ¿Qué pensais hacer hoy por la mañana?

—He prometido á mi tio un retrato de este apreciable rostro que lady Hasselton encuentra tan hermoso , y voy á casa de Kneller para que le concluya.

—Entonces os acompañaré : me gusta ese viejo vanidoso ; es un placer oírle admirarse de su talento.

—Vamos, pues , dije tomando el sombrero y la espada y entrando en el coche de Tarleton, el cual nos llevó á casa del pintor.

Hallámosle ocupado en concluir un retrato de lady Godolphin.



—¡Hóla, hóla! exclamó al verme, por Dios que me alegro que hayais venido, conte Tevereux, porque este retrato parece que estaba desairato sin alguno que le mirase con tanta poca apierta y tijera: ¡oh Sir Godofredo Kneller, qué bueno es!

—Ciertamente, dije yo, no hay hombre grande que no espere recibir de su talento los debidos elogios. Pero Tarleton ¿habeis visto cosa mas maravillosa? ¡Mirad que mano, que brazo, que perfeccion! Si Apolo se volviese pintor y tomase los colores al arco iris, y á las Diosas por modelo, no llegaría ni con mucho á producir los prodigios que nacen de la paleta de Sir Godofredo Kneller.

—¡Vive Dios, conte Tevereux, sos un gran juez en materia de pinturras! exclamó el artista con ojos centellantes: os he de retratar con el rostro mas hermoso de este munto.

—¡Eso no, vive Apeles! exijo que le de-  
jeis alguna semejanza.

—¡Semejanza por Cristo: os taré se-  
mejanza y hermosurra! Por Dios, si vos  
me igualais con Apeles, yo os igualaré  
con Alejandro.

—Generalmente, dijo Tarleton con  
gravedad, se cree que Alejandro era cue-  
llitorcido y no muy hermoso; pero nadie  
puede saber respecto á él lo que sabe sir  
Godofredo Kneller que con tanta aplica-  
cion ha estudiado la táctica militar, y que,  
si conforme ha tomado el pincel hubiera  
empuñado la espada, habria sido por lo  
menos un nuevo Alejandro.

—Por Dios, Mister Tarletan, sois tan  
buen juez en punto á talentos militares  
como el conte Tevereux en pinturras: yo  
os prometo retrataros, Mister Tarletan, y  
hacerros los ojos una pulgada mas grantes  
de lo que son.

—Grandes ó chicos, dije yo (porque Tarleton, que tenia la altiva costumbre de contraer los párpados hasta el punto de ocultar casi enteramente los ojos, se ofendió tanto, que creí prudente no dejarle responder) grandes ó chicos, sir Godofredo, los ojos de Mr. Tarleton son capaces de admirar las obras de vuestro genio, porque vuestros cuadros son como el relámpago y una llamarada de vuestra brocha es suficiente para dar vista á un ciego.

—Es verdat, dijo Sir Godofredo con viveza: ya una vez he vuelto la vista á un ciego. Pero sentaos, conte Tevereux, y volvet la capeza un poco á la izquierda. —Eso es—y ahora vais á ver, conte Tevereux; mi genio os vá á dar lo que se llama animacion, viveza, fuego; mirat por Cristo, mirat.

Y con estos moderados panegíricos, el

digno sir Godofredo completó mi retrato con igual satisfaccion suya y del original. La adulacion es capaz de hacer hermoso á cualquiera : unas cuantas lisonjas hicieron que el conde Devereux pueda llegar á la posteridad con tres partes mas de belleza de la que en justicia tenia derecho á reclamar.

## CAPITULO XII.

*Donde se desarrolla un carácter y se da cuenta de una larga carta. — Capitulo mas importante de lo que parece.*

Las escenas que he puesto delante del lector en los anteriores capítulos, no son de modo alguno episódicas: ilustran mas que la mera narracion la carrera que tan honrosamente seguia: la disipacion, las mujeres, el vino, Tarleton por amigo, lady Hasselton por querida. Arrojemos ya la máscara.

Para las naturalezas sensibles é intensas nada es mas enojoso, nada mas repugnante que esas relaciones y afectos comunes que se forman y nacen en el gran mundo. Varias veces me he detenido á

contemplar los pajarillos que sin cortarles las alas atan los muchachos á una estaca. Los pájaros procuran volar, pero antes que puedan extender sus alas, tiran sus dueños del hilo y les hacen retroceder, hasta que por último ó se cansan en continuos esfuerzos al extremo de la cuerda que los detiene, excitando solo la risa con su angustia é impotente impaciencia, ó tristes y decaídos permanecen en tierra sin intentar volar ó andar ni aun dentro de los límites que la extension de sus cadenas les tienen señalados. Así sucede con los sentimientos de las almas sensibles de que hablaba; ó agotan sus fuerzas, procurando sin cesar salir del pequeño círculo de esclavitud á que están condenadas, y excitando la mofa por su exceso de accion y su falta de poder, ó quedan inmóviles y melancólicas desdenando la poca libertad de que pueden dis-

frutar, hasta que la melancolía toma la apariencia de resignacion, y la desesperacion parece la apatía del contento. El tiempo, sin embargo, cura lo que no mata, y tanto el ave como el hombre, si sus esfuerzos no le causan la muerte, al fin se humilla y se aquieta.

¿Qué eran para mí la amistad de Tarleton y el amor de lady Hasselton? Habia aceptado la una y buscado el otro con avidez unas veces, otras con indiferencia. Estos dos sentimientos y las vanas ocupaciones que trajeron consigo consumieron mi tiempo, y del tiempo que se mata, en vez de emplearle, nace un espectro que se llama tedio. Este espectro atormenta principalmente á las clases elevadas, é influye hasta cierto punto en sus pasiones; porque las personas de alta sociedad á quienes acomete, ó se vuelven incapaces de verdadero amor, ó aman con

mas intensidad que las de baja esfera. En aquellas, ó son completamente anonadados los afectos por mil pequeñas circunstancias, ó disgustado su corazón al notar lo indigno de tales objetos, suspira por alguna cosa mas apreciable, y que no se encuentra en el círculo ordinario de su vida. Cuando esto sucede, y cuando se satisface el deseo del corazón y se encuentra el objeto del amor, entonces hay dos razones poderosas para que este amor sea cuidadosamente conservado y fomentado: la primera es la completa indolencia en que corre la vida aristocrática, y que dá tiempo suficiente para meditar los medios de convertir por grados el mas leve desco en la mas fuerte pasión; y la segunda es que la insipidez y vanidad de los placeres y ocupaciones de los grandes, hacen mas deliciosos los estímulos del amor y mas necesarios á los *ignavi terra-*



*rum domini* que á las otras clases de la sociedad, mas útil, constante y eficazmente ocupadas.

— Mi corazon cansado al fin de empresas indignas de él , se consumia en esfuerzos para alcanzar objetos mas puros. Presentóseme á la memoria con cierta ternura que combatí al principio , pero á la cual me sometí despues casi avergonzado , la imágen de Isora ; y en medio de la alta sociedad , rodeado de objetos al parecer capaces de hacérmela olvidar , mi alma se inclinaba á ella con mas ardor todavía que en las rústicas soledades en que primero se habia ofrecido á mi vista. Esto consistia en que allí otras pasiones casi tan poderosas disputaban al amor el imperio sobre mi corazon. El huracan de la ambicion y de los placeres se habia precipitado en confusos remolinos sobre mi corazon, y arrojado de él los amoro-

esos deseos ; pero aplacada su furia, estos recobraron el imperio que antes tenían. Los placeres me causaban hastío , y la única especie de ambicion que hasta entonces habia fomentado , se desvaneció asimismo completamente. Digo la única especie de ambicion , porque todavía no experimentaba aquella mas sublime y duradera que tuve despues ; y la esperanza que hasta entonces habia llevado el nombre de ambicion , era mas bien la esperanza de brillar que la de elevarme.

Estas pasiones, aun no sentidas cuando perdí á Isora , me proporcionaron entonces pronto y seguro consuelo, y dando rienda á mi carácter celoso, y aceptando las suposiciones que me hacian juzgar á Isora indigna de mí, y considerar á Gerald como competidor, tuve en mi orgullo un elocuyente orador y un firme aliado. El orgullo no solo daba fuerza á mis pa-

siones, sino que las justificaba con su voz; y solamente cuando la languidez, efecto de saciados deseos y desvanecidas esperanzas, se apoderó de mí, fué cuando se hizo oír en mi corazón el débil acento de un amor todavía vivo.

Entonces comencé á considerar bajo diferente punto de vista la conducta de Isora; entonces empecé á dudar lo que al principio habia creído, y la duda unida primero al temor, llegó á convertirse por último en lisonjera esperanza. Gerald, si no mi rival, á lo menos era el Barnard que tanto poder tenia sobre Isora; ¿pero en qué consistia este poder? ¿No me habia asegurado Isora que no era amor? ¿Por qué no creerla? ¿No me amaba? ¿No se coloreaban sus mejillas, no temblaba su mano cuando yo le dirigia la palabra? ¿Habian de ser fingidas estas señales de amor? ¿No podian mas bien haber sido

de aquellas que naciendo de lo profundo del corazon no hay destreza que pueda imitarlas? Isora me habia declarado que nunca podria ser mia, y esto de modo que parecia destruir toda esperanza; ¿pero al mismo tiempo no me habia confesado su amor? ¿no me lo habian confesado sus lábios de un modo mas dulce y elocuente que sus palabras? ¿Y podia perderse la esperanza existiendo el amor todavía? Cierto que me habia dejado; que se habia despedido de mí para siempre; pero esto no era prueba de desamor ni de infidelidad. Gerald ó Barnard tenia evidentemente tanta influencia en el padre como en la hija: tal vez era él quien habia ocasionado su partida de \*\*\*\* tal vez ella habia deplorado esta partida sin poderla evitar, ó tal vez no la habia deplorado, acaso la habia deseado, la habia propuesto en beneficio mio tanto como en

el suyo, si estaba convencida de que nuestra union era imposible.

Pero entonces ¿cuál podia ser la misteriosa autoridad que Gerald ejercia en ella? La que tenia sobre el padre, los planes políticos podian explicarla; pero los planes políticos seguramente que no influirían demasiado en el ánimo de la hija. Esto era dudoso é inesplicable. Una suposicion podia hacerse, fundada en la constante residencia de Gerald en la quinta de Devereux, á saber: que Isora no favorecia su amor, ó que él no tenia noticia del punto á donde el padre y la hija se habian retirado. Si mi hermano amase á Isora y supiese su retiro ¿no la habia de haber buscado? ¿Cómo podia vivir apartado de ella á no ser (terrible pensamiento), á no ser que la posesion fuese causa de esta indiferencia? Pero aquel delicado y virginal rostro cuyos

colores cambiando á cada instante en armonía con la diversidad de los pensamientos de su alma, eran como las sombras que en un valle reflejan las nubes del cielo; aquel rostro tan ingénuo en que se descubria hasta la mas lijera y transitoria emociion, aquel rostro ¿habia de estar avezado al engaño y acostumbrado á la mentira? El semblante es en verdad infiel espejo; ¿pero quién que haya estudiado á las mujeres dejará de confesar que, al menos cuando todavía dura la lozanía de la primera juventud, pueden encontrarse en los ojos y en las megillas señales características de inmaculada inocencia, señales que desaparecen hasta con los goces de un amor legítimo, y que nunca, jamás pueden presentarse en el rostro de una persona criminal? Además, si el pecho de Isora hubiese abrigado sentimientos interesados é indignos respecto á mí

¿por qué habia de haber huido del heredero de la rica casa de Devereux? ¿por qué ella, pobre y desvalida, hija de un anciano y de un desterrado, habia de haber abandonado espontáneamente la esperanza de obtener la mano de un hombre á cuya alianza aspiraban jóvenes de las casas mas opulentas y nobles de Inglaterra? Estos pensamientos confusos é incoherentes, con el de la imagen de Isora y de su pureza, iban penetrando en mi corazon á medida que de él se iban alejando los que se referían á los objetos que en la alta sociedad me rodeaban. Tal era mi situacion cuando recibí la siguiente carta de mi tio.

«Te doy gracias, mi querido hijo, por tu larga carta; la he leído de cabo á rabo con gran delicia. ¡Pardiez, Morton! buen trucha eres; veo que sabes todos los rincones de Londres tan bien como tu an-

ciano tío los sabía hace treinta años. Tus cartas muestran que has adquirido gran conocimiento del corazón humano. Me recuerdas á Sid que era justamente de tu estatura y se expresaba del mismo modo maligno y gracioso que tú. ¡ Ah ! no sabes cuánta satisfacción me causa ver que te has aprovechado de las lecciones de tu tío, y que no en vano has estudiado á Farquhar y á Etherege.

Pero tengo tristes nuevas que darte, hijo mío, ó por mejor decir, me causa tristeza el referírtelas. Es triste para los pájaros ya viejos haber de permanecer en sus nidos cuando los jóvenes tienden las alas al viento y les abandonan; pero los jóvenes tienen á gran dicha dejar el árbol antiguo en que vivieron, el jugar á la luz del sol y el buscar sus hembras y gozar de sus amores. No creas, sin embargo, Morton, porque hablo de hem-



bras y de pajarillos, que voy á decirte que tus hermanos se han casado ; nada de eso, siempre hay tiempo para estas cosas ; no soy amigo de los casamientos prematuros, y si he de hablarte con franqueza, tampoco soy gran admirador del santo sacramento en ninguna época de la vida; opinion que fundo en razones particulares que sería muy largo contarte. Además los tiempos de mi juventud eran perversos, inicuos, y todos nos reiamos del matrimonio aun que, cuerpo de tal, para algunos de nosotros no fué cosa de risa.

Pero volviendo á tus hermanos, has de saber que los dos me han dejado, y así la casa ya no me parece aquella alegre y antigua mansion que me parecia cuando os tenia á todos cerca de mí, y ahora dirijo la vista al cementerio con mas frecuencia de lo que antes solia ha-

cerlo. Los tres estais ausentes, los tres educados y hechos hombres, y cuando vuestro anciano tio considera que no estais á su lado y recuerda que todos sus contemporáneos han salido ya del mundo, no puede menos de decir, como dijo una vez, y con mucha gracia, el pobre William Temple: «parece una impertinencia en mí el vivir todavía.» Tu eres el primero que me dejaste, Morton, y he sentido tu ausencia mas de lo que puedo decir; pero siempre fuiste bueno para las personas á quienes amabas, y has escrito á tu viejo tio cartas muy chistosas que le han hecho reir muchísimo. (¡Qué divertida es la historia que me cuentas de los tres caballeros en Buton!) y cada semana recibo un paquete tuyo, bien lleno, cual si no te costase trabajo hacer feliz á tu tio como le haces con tus cartas; ni es vergonzoso para mis canas complacerme en lo

que á tí te agrada. Así ya ves, hijo mio, que soporto tal cual tu ausencia; solamente siento no tener una sola persona á quien leer tus cartas; porque Gerald y tú estais celosos uno de otro (gran falta en tí, Morton, que te ruego que enmendes), y Aubrey, el pobre chico, es demasiado rígido para sus años y no le está bien eso de mover la cabeza como compadeciéndose de las locuras de su tío. En cuanto á tu madre, Morton, le leí una carta tuya y dijo que eras un réprobo sin gracia, y que cometias un gran pecado mostrándote tan apegado á este perverso mundo, y escribiendo con tanta familiaridad á un pariente tuyo anciano y respetable. Con esto no me han quedado ganas de volver á leerle otra, porque no soy jóven, Morton, pero no me gusta oír esta verdad de boca de una mujer.

En fin, un mes ó dos despues que te fuiste, Aubrey y Gerald, segun te he dicho en la última carta que te escribí de mi propia mano, salieron á un viaje-cillo corto; esto me extrañó mucho; pero al cabo de una semana ó dos, volvió Gerald, y yo salí en mi silla de manos para verle tirar: ¡pardiez, Morton, si vieras como maneja la escopeta! Despues volvió Aubrey solo, pero muy decaído y como atontado: se encerró en su cuarto y como sé que le amas, no he querido decirte, hasta ahora que ya está restablecido, que me alarmó mucho. El pobre muchacho es demasiado rígido en sus devociones y no tiene presente que la esperanza de la otra vida debe hacernos felices en esta. En fin, como te iba diciendo, Morton, hace dos meses que Aubrey nos dejó otra vez, y Gerald la semana pasada se marchó á visitar el reino her-

mano , como ahora se llama : y en verdad que si Escocia é Inglaterra son hermanas , es una desgracia para Escocia que no haya coherederas.

Antes te hubiera dado estas noticias ; pero he tenido como sabes la gota en la mano , de suerte que hasta anteayer no he podido cojer la pluma , y el viejo Nicholls no es mas que un pobre escribiente , y no me gusta que se entere de nuestros asuntos de familia ; cuanto mas que tengo que decirte un secreto que me trae desazonado. Pues señor , habrás de saber que despues de tu partida , Gerald me pidió tus habitaciones , y aunque me agradaba poco que otro que no fueses tú las ocupara , como siempre me ha repugnado el decir *no* , le di permiso para que se sirviese de ellas , con condicion de dejártelas exactamente como estuvieran siempre que volvieses y las reclamases. En

esto cuando Gerald hizo el viaje de que te he hablado con Aubrey, el viejo Nicholls que, como sabes, es un charlatan sempiterno, me dijo una noche que su hijo Hugo, bien te acordarás de Hugo, un muchacho alto y delgado, estando una tarde parado en la playa vió á un hombre embozado en su capa salir de la cueva del castillo, desamarrar un bote y dirigirse con él á la isleta de enfrente. Hugo juró por todos los santos del cielo que aquel hombre era el padre Montreuil. Esto me desazonó y entonces conocí por qué tu hermano Gerald quería tus habitaciones que tienen tan secreta comunicacion con la orilla del mar. Así le dije á Nicholls que bonitamente fuese y cerrase con mucho cuidado la gran puerta de hierro que está al extremo del pasadizo y que despues pusiera una gran plancha tambien de hierro que cubriese toda la

cerradura, para quitar al escuálido jesuita hasta la posibilidad de entrar por el agujero. Volvió tu hermano, y yo le referí un cuento de contrabandistas, que realmente han estado muy atrevidos en estos últimos meses, é insistí en que continuase cerrada la puerta como habia mandado. Díjele ademas, aunque sin dejarle sospechar que sabia sus relaciones con el cura, que le prohibia tener comunicaciones de ninguna especie con aquel miembro de la iglesia. Tu hermano me oyó con mal gesto; pero yo le di á entender que mi resolucion era irrevocable y al fin tuvo que conformarse.

Pues como te iba diciendo, Morton, el dia antes de la marcha de Gerald subí á su cuarto á despedirme de él (si he de hablarte con franqueza ya habia olvidado los gastos que me ocasionó en sus viajes): estando en la escalera de la torre

oí, Dios me es testigo, oí la voz de Montreuil en la antesala, tan claramente como otras veces he oído sus oraciones. Par diez, Morton, me dió tanta cólera, que en la prisa por llegar pronto arriba se me deslizó el pié y caí: tu hermano oyó el golpe, y salió; pero yo le miré, como nunca te he mirado á tí, Morton, y entré en el cuarto. El cura ya no estaba allí: registré ambas piezas, pero en vano; hice á tu hermano abrir la trampa y encender una luz, con la cual examiné todo el cuarto bajo y el pasadizo, pero no hallé nada. Tú sabes, Morton, que no tiene mas que una salida el pasadizo, y que ésta estaba cerrada como te he dicho antes; de modo que á no ser el mismo diablo, ¿por dónde podia haberse escapado el jesuita? No podia haber salido por la escalera sin que yo le viese; no podia haber saltado por la ventana sin romperse los cascós;



á no volverse aire no podia haberse escapado por el pasadizo. Te aseguro, Morton, que esto es capaz de poner en confusion á un hombre mas ilustrado que tu tio. Gerald aparentó hallarse muy indignado de mis sospechas, pero Dios le perdone, bien conocí que estaba representando un papel: los que han escrito comedias, hijo mio, entienden mucho de estas intriguillas; y ademas era imposible que yo desconociese la voz de tu tutor que, si he de hacerle justicia, es bastante armoniosa y acaso la mas singular que yo he oido á escepcion de la de Sid.

A propósito de Sid, recuerdo que un dia paseando en el Mall tres semanas despues de mi casamiento, se reunieron conmigo de Grammont y Sid. Audaba yo triste y mohino (pardiez, Morton, el matrimonio abate al hombre como el agua á los ratones).—Hola, sir William, dijo

Sedley, me parece que estais triste; vamos, desechad esa melancolía; mirad, el sol de vuestra esposa despide sus rayos sobre vos desde el otro extremo del Mall. —No habéis de sogar en casa del ahorcado, dijo Grammont (este Grammont era un tuno de marca, Morton).—Decidme, sir William, ¿cuál es el signo característico del matrimonio? ¿Es un estado de paz ó de guerra?—De paz sin duda alguna, exclamó Sedley, y sir William y su mujer llevan consigo el emblema.—¿Cómo? pregunté, porque te aseguro, Morton, que estaba pensando en otra cosa.—¿Cómo ha de ser? respondió Sedley con gravedad; el emblema de la paz es la *cornucopia* y ambos le lleváis por partes iguales, vuestra mujer lleva la *copia* y vos el *cor*... No, Morton, no, no puedo acabar la expresión porque al fin no era muy delicado en Sid, á quien yo habia abierto mi corazón

y mi bolsa como á un hermano, herirme tan en lo vivo; pero así sucede con todos los que la echan de graciosos.

—¡Pardiez, cómo me he estraviado de mi historia! En fin, no volví á mi cuarto, hijo mio, hasta haber examinado la reja de hierro y visto que la plancha estaba tan firme como siempre; esto es lo que hay sobre el particular. Gerald se partió al dia siguiente, y temo mucho que sea cogido en algun lazo que le tiendan los jacobitas. Dime qué piensas tú sobre esto. Entre tanto he tomado la precaucion de quitar la trampa y tapiar perfectamente la entrada del cuarto bajo.

Pero ya es tiempo de que concluya. Cuatro dias he gastado para escribir esta carta, porque la gota me acomete mas á menudo que antes, y no sé cuando podré escribirte otra vez de mi propio puño; por eso he querido que no me quedara

cosa alguna por referir. Tu madre sigue bien: ahora está muy ocupada en una prodigiosa tela de tapicería que, según dice el viejo Nicholls, es la admiración de todas las mujeres.

Dios te bendiga, hijo mio. Cuídate mucho y bebe con moderación, porque á tu edad no es bueno beber mas de dos azumbres ó tres á cada comida. Dios te bendiga, repito, y espero que cuando llegue el buen tiempo vendrás á alegrar la casa de tu tío, que será darme nueva vida. Ahora el campo presenta un aspecto mustio, y todo lo que nos rodea es desapacible y frio, escepto el debilitado é inútil corazón de tu tío que en invierno y en verano siempre es entusiasta y fervoroso en quererte.

WILLIAM DEVEREUX.

«P. D. Te doy las mas cordiales gracias por el sabuesito que me has enviado de la cria de los de la duquesa de Marl-

borough; tiene un hermoso color blanco y rojo, y unos ojos negros como la mora; pero el pobre Ponto está celoso como una mujer á los tres dias de casada, y como no quiero causarle pesar, he regalado su rival á tu madre.»

Esta carta, regular muestra de la sencillez, penetracion y suma bondad de su autor, me dió mucho en qué pensar. Sin duda alguna Gerald y Montreuil estaban comprometidos en alguna intriga en favor de la familia destronada. El nombre fingido que el primero se habia puesto; las razones políticas que segun D. Diego de Alvarez tenia Barnard, ó mas bien Gerald, para ocultarse, y que probaban á lo menos que mi hermano tenia parte en algun plan político á que no era ageno el español, unidas á aquellas expresiones de Montreuil en que se manifestaba su deseo de restablecer en el trono á la fa-

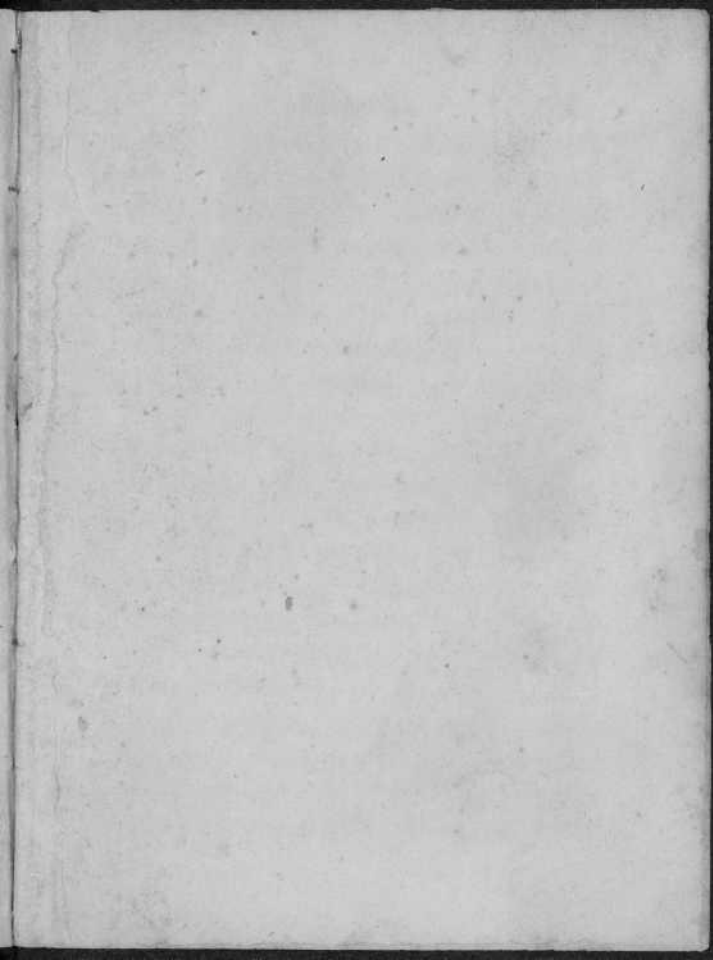
milia desterrada, y á la influencia que el cura tenia sobre Gerald, cuya imaginacion audaz y fácil de impresionar gustaba de aventuras y de intrigas, y podia muy bien haber cedido á las sugerencias de Montreuil; todas estas circunstancias no me dejaron duda alguna sobre un asunto en que estaban profundamente interesados el honor de mi casa y la vida de mi hermano. Nada, sin embargo, me ocurrió para evitar los designios de Montreuil y el peligro de Gerald. Tan vehemente en mi odio como en mi amor dije para mí: —¿qué importa que uno que nunca me ha amado á pesar de los lazos de parentesco que conmigo le unen, á quien desde mi niñez me he visto obligado á considerar como enemigo, qué importa que gane fama ó pierda la vida en la arriesgada empresa en que se ha comprometido? Y dejando de considerar el

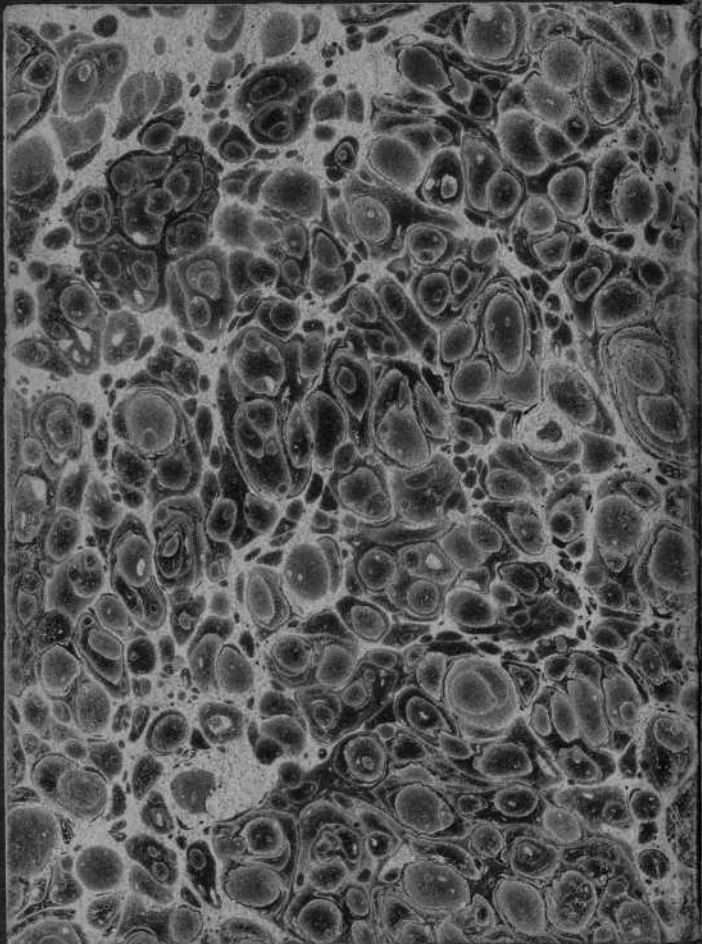
asunto bajo este punto de vista tan generoso y fraternal, dí solamente en pensar si habria influido tambien en la ausencia de Gerald el deseo de ver á Isora. Despues de una meditacion infructuosa é inútil sobre esto, mis pensamientos tomaron un giro menos egoista, y se fijaron con compasion y amor en el endeble temperamento y ascética devocion de Aubrey. ¿Qué podia esperarse sino la ruina y la desgracia para un hombre ya tan apartado de los goces de la tierra, tan imbuido en supersticiosas preocupaciones que le hacian desconocer la verdadera naturaleza de Dios y el verdadero objeto de sus criaturas? ¡Ah! ¿Cuándo llegarán los hombres á conocer que la razon, lejos de extinguir la religion con su mas vistosa luz, aumenta sus resplandores propios? ¿Cuándo se convencerán de que nada contrario á la razon es agradable á la virtud, y que

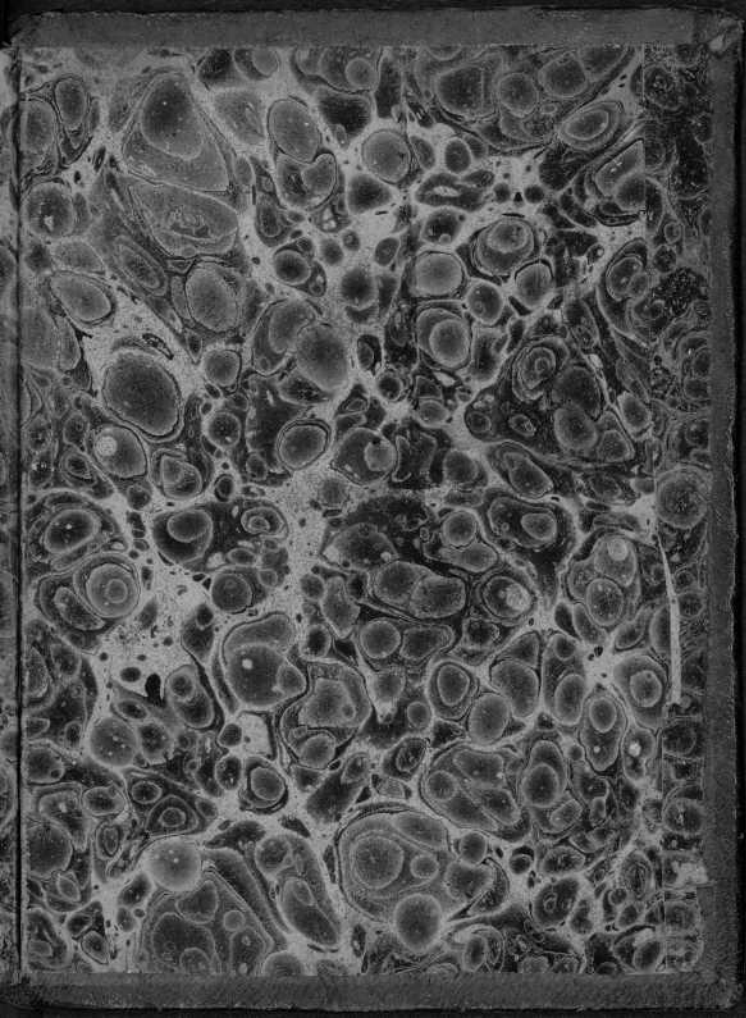
la misma virtud solo es preciosa porque conduce á la felicidad? Dice la fábula que el primer legislador de los peruanos recibió de la Divinidad una varita de oro con la cual en sus viajes habia de herir la tierra hasta que hallase un sitio en que esta la absorbiese completamente; y que en el punto en que esto sucediera y solo allí, tuvo orden de erigir un templo á la Divinidad. ¿Qué es esta fábula sino la capa con que se cubre una moralidad inestimable? Nuestra razon es la varita de oro; el ancho mundo de la verdad es el suelo que se ha de sondear, y únicamente donde el suelo recibe sin resistencia la varita que nos guia y nos sostiene, es donde debemos erigir á Dios el templo, y donde nuestros sacrificios serán aceptados.

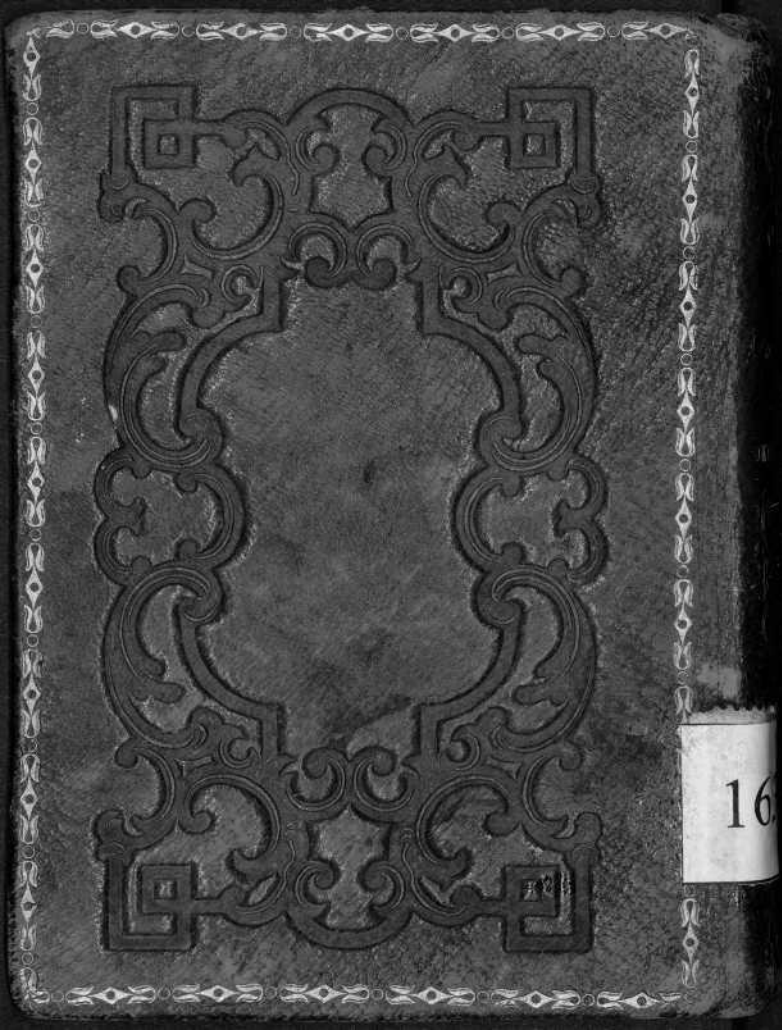
FIN DEL TOMO II.











16



BILWER

NEVER FOX



2

6399

